

¡He aquí el Hombre!

Fritz VON-KIETZELL

biblicom.org

Índice

1 - Prólogo	3
2 - De Betania a Getsemaní	3
3 - Judas Iscariote, el que también lo entregó	8
4 - El interrogatorio nocturno	14
5 - «Tú me negarás tres veces»	20
6 - «El oprobio de los hombres y el despreciado del pueblo»	25
7 - El fin del traidor	27
8 - Pilato	29
9 - Herodes	33
10 - ¿Barrabás o Jesús?	35
11 - «¡He aquí el hombre!»	40
12 - «¡He aquí a vuestro Rey!»	43
13 - Fuera del campamento	47
14 - «Crucificado en debilidad»	49
15 - «Padre, perdónalos»	53
16 - «Sálvate a ti mismo»	55
17 - La conversión del malhechor	58
18 - «He ahí a tu madre» (Juan 19:27)	61
19 - «¡He aquí el Cordero de Dios!»	64
20 - «Cumplido (*) está»	68

1 - Prólogo

El estudio que ofrecemos hoy es la traducción, parcialmente adaptada, de una obra de Fritz von Kietzell titulada “Der erfüllte Ausgang” (El resultado obtenido) (Beröa Verlag 1971, Zurich). Sus 19 capítulos habían sido publicados en el «Evangelischer Botschafter» (Mensaje Evangélico) de los años 1969 y 1970. El interés que despertó entonces este estudio nos llevó a publicarlo en forma de folleto.

2 - De Betania a Getsemaní

Entre las escenas descritas en la Palabra de Dios, no hay ninguna más conmovedora que las que nos ocupan del sufrimiento y de la muerte del Señor Jesús. Pero es una tierra santa a la que debemos acercarnos descalzos. Por otro lado, nos cuesta sondear las profundidades de este tema, como les sucedió a los discípulos. Cuando el Señor les anunció que todas las cosas escritas por los profetas sobre el Hijo del hombre se cumplirían, «ellos no entendieron nada de esto; y esta declaración les estaba oculta, y no comprendían lo que se les decía» (Lucas 18:31, 34; Marcos 9:32). Sin embargo, ¡con qué exactitud no se los había comunicado! «el Hijo del hombre será entregado a los principales de los sacerdotes y a los escribas; y lo condenarán a muerte... lo azotarán y lo matarán; pero después de tres días resucitará» (Marcos 10:33-34). ¡Qué descripción tan sorprendente por su precisión! En 3 ocasiones había anunciado así a los 12 «su muerte, que iba a cumplirse en Jerusalén» (Lucas 9:31).

Los capítulos 25 de Mateo, 13 de Marcos y 21 de Lucas marcan el final del ministerio público del Señor y, a partir de los capítulos siguientes, el Espíritu Santo relata los sufrimientos que padeció durante el último período de su vida terrenal (*). En el momento en que los principales sacerdotes y los ancianos deciden en gran secreto «apresar a Jesús con engaño y matarlo», «cuando Jesús terminó todas estas palabras», anuncia por última vez a los discípulos lo que iba a suceder: «Sabéis que después de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado» (Mat. 26:1-5, 14, 16; Marcos 14:1-2, 10-11; Lucas 22:1-6; Juan 11:45-57).

(*) El Evangelio según Juan contiene un período intermedio: la resurrección de Lázaro y las circunstancias relacionadas con ella. En este Evangelio, el

ministerio público del Señor termina en el capítulo 10.

¿Entendieron entonces estas palabras? ¿Captaron claramente lo que su amado Maestro iba a sufrir? Su comportamiento nos obliga a responder negativamente a estas preguntas. Una mujer tuvo el privilegio de expresar al Señor los sentimientos apropiados en tales circunstancias. Para revelárnoslo, el Espíritu Santo nos lleva a una escena que tuvo lugar durante la cena ofrecida al Señor Jesús en Betania ([Juan 12:1-8](#)). Allí vemos, por tercera vez, a María a los pies de Jesús –como cada vez que la encontramos en su presencia ([Lucas 10:39](#); [Juan 11:32](#); [12:3](#))–, expresión de los santos afectos que llenaban su corazón por él. Ella ungió al Señor con «perfume de nardo puro, de mucho valor» y le secó los pies con su cabello, la gloria de la mujer. «La casa se llenó del olor del perfume». Con este acto único, María expresó a Jesús la profunda simpatía y comprensión de un corazón amoroso. En cuanto a los discípulos, lo consideraban un «desperdicio» ([Mat. 26:8](#)).

María había «escogido la buena parte» y escuchado la Palabra del Señor. Por eso, ella era capaz, más que los discípulos, de percibir de antemano lo que sería la parte de Aquel a quien amaba ardientemente. Ella discernía, más claramente que todos los demás, las oscuras nubes de odio que se acumulaban, cada vez más amenazantes, sobre Su cabeza. Por eso sentía el deseo de mostrarle su simpatía y afecto. Pero ¿qué puede hacer esta mujer débil y, sin duda, pobre? Toma lo que tiene de máspreciado, rompe la vasija de alabastro y derrama su perfume sobre la cabeza y los pies de Jesús, como se nos cuenta en [Mateo 26:6-13](#) y [Marcos 14:3-9](#). De este modo, le rinde el homenaje que le correspondía como rey de Israel, siervo de Dios e Hijo único del Padre, en el momento en que, por el Espíritu eterno, se ofreció «sí mismo sin mancha a Dios» ([Hebr. 9:14](#)) (*).

(*) Mateo y Marcos, nos presentan a Cristo como el Mesías y el Profeta, respectivamente, se derrama el perfume sobre su cabeza, mientras que, en Juan, donde Cristo se revela como el Hijo de Dios, María unge sus pies. Es comprensible que Lucas no contenga este relato, porque en este Evangelio, el Señor Jesús está presentado como el Hijo del hombre, un hombre rebajado y humillado.

«Al derramar este ungüento sobre mi cuerpo, lo ha hecho con miras a mi sepultura» (*) ([Mat. 26:12](#)). Esta es la interpretación que el Señor mismo da a su acto, cuando se interpone entre ella y los discípulos que la culpan. Proclama solemnemente que

este acto nunca caerá en el olvido; esto muestra todo el valor que le daba. Así como Jonatán, persiguiendo al enemigo, probó un poco de miel en la punta de su bastón «y fueron aclarados sus ojos» (1 Sam. 14:27), ¡así también y mucho más! Nuestro amado Salvador probó en esta circunstancia un refrigerio que ningún hombre, excepto el malhechor en la cruz, le dio durante las horas dolorosas que estaba a punto de atravesar.

(*) Marcos dice: «Se anticipó al momento a ungir mi cuerpo para la sepultura» (14:8). Se sabe que las otras mujeres que se dirigían al sepulcro del Señor con esta intención llegaron demasiado tarde (Lucas 24:1-3).

Llega el día de la fiesta, «el primer día de los ázimos». Al llegar la noche, Jesús se sentó a la mesa con los 12 para celebrar la Pascua (Mat. 26:17-20; Marcos 14:12-18; Lucas 22:7-18). Les dijo: «Mucho he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes de que yo padezca». Antes de que el Hijo del hombre, el heredero de todas las cosas sea rechazado para siempre, antes de que las olas del odio del hombre caigan sobre la cabeza del santo y del justo, antes de que el verdadero Cordero Pascual dé su vida y su sangre sea derramada, el deseo de su corazón es reunirse una vez más con el débil remanente de su pueblo en el terreno de la ordenanza perfecta instituida por Dios (Mat. 26:21-25, 31-35; Marcos 14:18-21, 27-31; Lucas 22:21-38; Juan 13:18-30, 36-38). Sin embargo, esta escena de despedida tan solemne se ve ensombrecida por muchos motivos de tristeza. No es solo Judas, el traidor sobornado por los principales sacerdotes, que, poseído por completo por su siniestro plan, se adentra en la noche para llevarlo a cabo. También están los discípulos que discuten entre ellos para saber «quién de ellos sería considerado más importante». Por último, Simón Pedro afirma jactanciosamente que está dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte con su Maestro, cuando debía haberlo negado 3 veces esa misma noche.

Aunque él sintió todo esto infinitamente más que nosotros, el Señor no retrocedió. «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Juan 13:1-17). Durante la cena, les muestra, a través del símbolo del lavado de los pies, que siempre estaría dispuesto a ayudar a los suyos con el poder purificador de su Palabra. Después de la cena, les confió un legado especialmente valioso (Mat. 26:26-30; Marcos 14:22-26; Lucas 22:19, 20). Él sabía cuán olvidadizos son nuestros corazones y cuánta de esta conmovedora escena de su sufrimiento y muerte, ¡con demasiada frecuencia, por desgracia, solo deja impresiones fugaces en nuestra mente! Por eso instituyó, para nosotros, *su propia* comida, la *Cena del Señor*: el pan y el vino (la copa), (su cuerpo y su sangre separados; su cuerpo entregado por nosotros, su

sangre derramada por nosotros, símbolos de un Cristo muerto por nosotros, de un Cristo que glorificó perfectamente al Padre y satisfizo para siempre al Dios santo. «Haced esto en memoria de mí» (Lucas 22:19). ¿No debería encontrar este deseo del Señor, que más tarde confirmó desde el cielo (1 Cor. 11:24-25), un eco más cálido en nuestros corazones?

Se canta un himno, y luego salen a la noche (Mat. 26:30). «Se fue, según su costumbre, al monte de los Olivos» (Lucas 22:39). Pero las palabras que esta vez dirige a los discípulos son palabras de despedida. «No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (Juan 14:1 y 27). ¡Qué solicitud! Habría tenido muchas razones para preocuparse solo por sí mismo, y aquí está consolando, animando y enseñando a los 11. Les habla de que en «la Casa de mi Padre hay muchas moradas» y del camino que conduce a ella (Juan 14). Luego les habla de la relación tan tierna e íntima que los une ellos, los sarmientos, a él, la verdadera vid (Juan 15). Pero ellos continúan su camino en la noche, dejando muy atrás la ciudad santa. Entonces les anuncia que las sombras del antiguo pacto desaparecerán para ellos y que pronto vendrá otro Consolador, el Espíritu Santo, que los guiará «a toda la verdad» y los introducirá en una nueva relación con el Padre (Juan 16). Luego, alzando los ojos al cielo, pronuncia la oración que se nos relata en Juan 17. De alguna manera, devuelve al Padre a aquellos que le había dado del mundo, para que el Padre los guarde hasta el final, en medio de «este siglo malo». Concluye su oración con esta declaración, preciosa entre todas y que solo él, el Hijo, tenía derecho a dirigir a su Padre: «Padre, deseo que donde yo estoy, también estén conmigo aquellos que me has dado, para que vean mi gloria...» (Juan 17:24).

«Cuando Jesús hubo dicho estas palabras, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos» (Juan 18:1; Mat. 26:36-46; Marcos 14:32-42; Lucas 22:39-46). David, 1.000 años antes, subió por el mismo camino, es decir, la cuesta de los Olivos, lleno de tristeza al pensar en todo lo que dejaba atrás (2 Sam. 15:23-30). Pero si el rey David tuvo que seguir ese camino, fue como castigo por su propio pecado, mientras que el Hijo de David, nuestro Señor, se comprometió voluntariamente a hacerlo, para llevar «el pecado de todos nosotros» (Is. 53:6). Allí, en la oscuridad de «la noche que fue entregado» (1 Cor. 11:23), en ese «lugar llamado Getsemaní», se le permitió a Satanás, que se había apartado «hasta un tiempo favorable» (Lucas 4:13), acercarse a él por segunda y última vez. La sombra de la cruz ya se proyectaba en su camino y el Padre le presentaba la copa que había venido a beber en la tierra, la amarga copa del furor de Dios que ejerce un justo juicio contra el pecado. Ante él se alzaba la cruz en la

que, durante 3 horas de tinieblas, iba a «llevó en su cuerpo nuestros pecados» (1 Pe. 2:24) y donde él, que no había conocido el pecado, sería hecho pecado por nosotros (2 Cor. 5:21). ¿Cómo no habría sido presa del terror su alma santa en el momento en que Satanás le presentara los horrores de esa muerte «que iba a cumplirse en Jerusalén»? (Lucas 9:31).

Podemos contemplar allí al Hombre Cristo Jesús, en toda la divina perfección de su obediencia. Cuanto más avanzaba en el camino en el que había entrado para cumplir los designios de Dios, más horror sentía por lo que le esperaba y además «comenzó a sentir espanto y angustia» (Marcos 14:33). Les dijo a los discípulos: «Mi alma está inmensamente triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo» (Mat. 26:38). Solicitaba su «compasión» y su «consuelo» (Sal. 69:20), porque tenía derecho a ello, pero sabía la amargura que le esperaba. Su fuerza procedía únicamente de lo alto, del Padre.

Penetra en la profundidad del jardín. En primer lugar, se lleva consigo a sus discípulos más íntimos, Pedro, Santiago y Juan. Pero pronto los dejó. «Se apartó de ellos a una distancia como un tiro de piedra» (Lucas 22:41), y allí, en total aislamiento, «oraba de rodillas», «cayó en tierra», e incluso «cayó sobre su rostro» (Marcos 14:35; Mat. 26:39). Entonces ofreció «oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía liberarle de la muerte» (Hebr. 5:7). A lo largo de todo su camino, hasta las 3 horas de tinieblas de la cruz excluidas, el cielo estaba abierto sobre él y «los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre» (Juan 1:51). Lo mismo ocurrió en esta circunstancia solemne: «Le apareció un ángel del cielo que lo fortalecía» (Lucas 22:43). No olvidemos que fue por amor a nosotros que estaba allí «en su [angustioso] combate», oraba con «más fervor», hasta el punto de que «su sudor llegó a ser como grandes gotas de sangre que caían sobre la tierra» (Lucas 22:44).

Pero el ruego que dirige a su Padre es aún más conmovedor que la escena en sí. ¿No había otra salida? «Oraba que, si era posible, pasara de él aquella hora» (Marcos 14:35). ¿No eran todas las cosas posibles para el Padre? «¡Abba, Padre!» –es la única vez que oímos al Señor usar esta expresión tan íntima – «¡Abba, Padre, todo te es posible! ¡Aparta de mí esta copa!» (Marcos 14:36). «¡Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa!» (Mat. 26:39). Pero él sabía, mejor que nadie, que eso no era posible para el Padre, si quería salvar a los pecadores y cumplir sus consejos eternos. Por eso el Señor Jesús añade estas palabras que expresan su total sumisión: «Pero no sea como yo quiero, sino como tú». –«¡Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad!» (Mat. 26:39 y 42). También en esta circunstancia,

la única en la que su voluntad aparentemente difería de la del Padre, se sometió por completo, de modo que fue «escuchado y atendido a causa de su piedad» (Hebr. 5:7). Sale victorioso de esta dolorosa batalla. Mientras sus discípulos están «dormidos de tristeza» (Lucas 22:45), él se levanta de su oración y avanza, en un perfecto estado de paz, para beber hasta la última gota de la copa que acababa de recibir de la mano del Padre.

3 - Judas Iscariote, el que también lo entregó

(*Mat. 26:47-56; Marcos 14:43-52; Lucas 22:47-53*).

«Mientras aún hablaba» –con estas palabras comienzan los 3 primeros Evangelios el relato de los acontecimientos que son objeto de esta meditación. Mientras el Señor, en su inagotable gracia, se ocupaba de los suyos, aquel que debía entregarlo, «Judas, uno de los doce», se acercaba en la oscuridad.

El Espíritu Santo concede, en la Palabra, un lugar muy especial a la traición de Judas. Ningún otro momento de la vida del Señor en la tierra se nos relata con tanto detalle como esa noche. Cuando quiere designarla en pocas palabras, el Espíritu la llama «la noche en que fue entregado» (1 Cor. 11:23). Cada vez que se menciona el nombre de Judas en los Evangelios, se hace alusión a su traición: «Judas Iscariote, el que lo entregó» (Mat. 10:4, etc.). ¡Acto infame! – «El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien es entregado el Hijo del hombre! Mejor le sería no haber nacido» (Mat. 26:24).

Los hombres han intentado analizar la personalidad de Judas, explicar su estado de ánimo, sus motivos y su dramático final, sin lograrlo de manera satisfactoria. Pero para quien tiene un «ojo sencillo», todo esto está claro, aunque lleno de serias advertencias. Judas ofrece el cuadro del estado de abyección en el que el hombre puede caer. Si la Escritura no contuviera este cuadro, ignoraríamos hasta qué extremos puede llegar el hombre en la infamia. Se puede haber «profetizado en su nombre», echado «fuera demonios», hecho «muchas obras poderosas» (y Judas debe haberlo hecho, por lo que sabemos, ya que era uno de los 12 que Jesús había enviado a sanar y predicar, (Mat. 7:21 y ss.). Uno puede tener una «lámpara», un testimonio externo, ser de los que “comieron y bebieron en su presencia” (vean Mat. 25:1 y ss.; Lucas 13:25 y ss.), haber permanecido a menudo sentado a sus pies y, sin embargo, quedarse *fuera* cuando la puerta esté cerrada, y escuchar la aterradora declaración:

«No os conozco». Se puede caminar con «la luz [que] vino al mundo», sin «venir a la luz», porque se prefiere «las tinieblas» al conocimiento, porque «las obras» son malas y porque se teme que «sean reprendidas» (vean [Juan 3:19-21](#)).

Judas no estaba «limpio» ([Juan 13:11](#)); su corazón, cada vez más invadido por el amor al dinero, nunca había sido quebrantado. Se había convertido en un «ladrón» ([Juan 12:4-6](#)) y había sido arrastrado cada vez más lejos por esta pendiente resbaladiza, hasta que el diablo puso en su corazón la traición más horrible que un hombre jamás haya cometido; hasta que «Satanás entró en él» y se endureció sin remedio (vean [Mat. 26:15](#); [Juan 13:2, 27](#); [Lucas 22:3](#)). Los hombres pudieron haberse equivocado sobre el estado real de su corazón, pero el Señor conocía a su discípulo «desde el principio» y había dicho de él: «Uno de vosotros es diablo»; era «el hijo de perdición» ([Juan 6:64, 70-71; 17:12](#)). Entendemos que el Señor Jesús «se turbó en su espíritu», cuando, reunido por última vez con los 12, tuvo que anunciarles solemnemente: «En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me va a entregar» ([Juan 13:38](#)).

Así, aquel que «era contado entre nosotros y tuvo parte en este ministerio», que había estado con ellos «todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía en medio de ellos» ([Hec. 1:17-21](#)), que «comía el pan» con él, cuya «mano estaba en la mesa con él» (vean [Juan 13:18](#); [Lucas 22:21](#)), se convirtió en el «guía de los que prendieron a Jesús» ([Hec. 1:16](#)). «Una gran multitud, con espadas y palos» venía con Judas, que «iba delante» ([Mat. 26:47](#); [Lucas 22:47](#)). Tampoco faltaban «linternas y antorchas» ([Juan 18:3](#)), porque el traidor había pensado en todo y había preparado su acto hasta el más mínimo detalle.

¡Ah! ¡Cómo su corazón lleno de astucia supo aprovechar el momento oportuno para «entregar» a su Maestro ([Marcos 14:11](#))! ¡Con qué habilidad eligió este jardín de Getsemaní, que conocía bien, ya que «Jesús muchas veces se reunió allí con sus discípulos» ([Juan 18:2](#))! ¿No se despertaría en su corazón algún recuerdo de ese pasado tan cercano? ¿No sería consciente en cierto modo del horror de su acto? ¡Ay! Ese corazón se había vuelto demasiado insensible para detenerlo en la pendiente fatal. Dios ya no podía, si nos atrevemos a expresarlo así, sino servirse de él para cumplir sus propios designios.

Jesús le había dicho a Judas: «Lo que haces, hazlo cuanto ante» ([Juan 13:27](#)). Lo vemos, pues, lleno de una energía feroz, siguiendo hasta el final el camino de perdición que Satanás le abría. Habiendo recibido el trozo, salió «*al instante*» en la noche cómplice. «*En ese momento*, mientras él [Jesús] aún hablaba», llegó a la cabeza de

sus acólitos. «*En seguida*, acercándose a Jesús, le dijo: ¡Salve, Rabí!, y lo besó» (*) (Juan 13:30; Marcos 14:43; Mat. 26:49).

(*) Es decir, con demostraciones particulares de afecto. El mismo verbo se traduce en otros lugares como «cubrir de besos» (Lucas 7:38 y 45; 15:20).

«El que le entregaba les había dado una contraseña, diciendo: Al que yo bese, él es; prendedle y llevadle con seguridad» (Marcos 14:44). ¿No podría haber convenido en otra señal? ¡Ay! Creía engañar a Aquel que «discierne los pensamientos y propósitos del corazón» (Hebr. 4:12). ¿Temía que el Señor, poseedor de «toda autoridad», frustrara la violencia que los malvados habrían intentado usar contra él? ¿No había logrado Jesús siempre escapar de sus adversarios? Lo que es seguro es que el Señor sentía profundamente el bien o el mal que se le hacía. Así debió decirle a Simón: «No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies» (Lucas 7:38, 45). La indiferencia del fariseo, al igual que el ardiente amor de la pecadora, lo habían conmovido hasta lo más profundo de su alma. ¡Cuánto más vivo era aún su sufrimiento en Getsemaní, donde, en la persona de Judas, el hombre manifestaba toda su maldad!

En una tercera ocasión, la Palabra utiliza la misma expresión para referirse a las manifestaciones de amor y perdón del padre hacia el hijo pródigo que regresó del «país lejano»: «Y estando todavía lejos, su padre lo vio y se conmovió. Corrió, se echó a su cuello y lo besó efusivamente» (Lucas 15:20). Por un lado, tenemos al hombre, por el otro, a Dios.

Jesús había intentado varias veces tocar la conciencia de Judas, usando la espada de doble filo de su Palabra. «Las heridas del que ama» habían sido «fieles», pero «inoportunos los besos del que aborrece» se habían vuelto, para Jesús, “frecuentes” (Prov. 27:6). Por última vez, lleno de amor por el pobre discípulo, se dirige a su corazón y a su conciencia: «Compañero, haz lo que has venido a hacer». «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» (Mat. 26:50; Lucas 22:48). Estas preguntas también muestran cuánto sentía dolorosamente el sensible corazón de Jesús la traición de su discípulo.

Consideremos ahora los hechos tal como los relata Juan. Él adopta un punto de vista diferente al de los otros evangelistas. Aquí también, Judas «a la cabeza de una compañía [de soldados] y de alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos» (Juan 18:3). Pero el traidor no los precede; «estaba con ellos» (v. 5). El Señor Jesús se adelanta a él, lo cual es coherente con el carácter de este Evangelio, porque

sabía «todas las cosas que sobre él venían». Así pues, se adelanta a sus enemigos y les pregunta: «¿A quién buscáis?», a lo que no saben qué responder: «A Jesús el Nazareno».

(*) Esta es la única parte que menciona esta «compañía». Así, Judas no solo tenía a sus órdenes a los siervos de los principales sacerdotes y la guardia (Lev.) del templo (Lucas 22:52), sino también a los soldados de la guarnición romana de la fortaleza Antonia. El hecho de que esta tropa estuviera comandada por un «quiliarca», es decir, originalmente un «jefe de mil» (Juan 18:12), permite concluir que era numerosa.

Jesús les dijo: «Yo soy». Hablaba «como quien tiene autoridad» y echaba «fuera los demonios con una palabra» (Mat. 7:29; 8:16). Ningún hombre habló como este hombre (Juan 7:46). Con una sola palabra hizo retroceder y caer a sus enemigos (Juan 18:6). Podría haber, como lo había hecho un día en la escarpada ladera del monte de Nazaret, «pero él se fue, pasando en medio de ellos» (Lucas 4:29-30). Pero él permanece allí, perfectamente sereno, defendiendo a sus amados discípulos y entregándose a sus enemigos. «Ya os dije que soy yo; si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan» (Juan 18:8). El creyente discierne, en estas pocas palabras, toda la obra de la salvación, así como la profundidad del amor y la abnegación de Aquel que la llevó a cabo. «El asalariado... deja las ovejas, y huye», mientras que «el buen pastor da su vida por las ovejas» (Juan 10:11-12). Él sacrificó su propia libertad para «proclamar libertad a los cautivos» (Lucas 4:19). Luego, «subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad» (Efe. 4:8). Llamado a glorificar a Dios de esta manera, ¿cómo no habría bebido la copa que el Padre le había dado?

«Entonces acercándose, pusieron las manos sobre Jesús y le prendieron» (Mat. 26:50). Por primera vez, el hombre pone las manos sobre el Señor Jesús, con la posible excepción de la escena de Nazaret, donde «lo echaron fuera de la ciudad» (Lucas 4:29). Hasta ese momento, leemos: «Nadie le echó mano», «nadie le prendió», «pero se escapó de las manos» (Juan 7:30, 44; 8:20; 10:39). Pero ahora Dios permite que el mal se desate, porque «había llegado su hora».

Toda la locura de la carne se manifiesta en la acción de Simón Pedro, quien «tenía una espada, la sacó, hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha» (Juan 18:10). Sin duda, actuó así por amor a su Señor y no fue el único que tuvo tales pensamientos. De hecho, en Lucas 22:49 leemos: «Viendo entonces los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: Señor, ¿heriremos con la espada?». En otra oca-

sión, algunos discípulos le preguntaron a Jesús: «Señor, ¿quieres que pidamos que descienda fuego del cielo y los consuma?» ([Lucas 9:54](#)). En ambas circunstancias, demostraron que no sabían «de qué espíritu eran».

El hecho de que 2 discípulos llevaran una espada ya era muy sorprendente ([Lucas 22:38](#)). ¡Ay! En todas las épocas de la historia de la Iglesia cristiana, algunos de los que se reclaman de Cristo han sacado «la espada», en sentido literal o figurado, y han traicionado así el espíritu de Aquel que es «manso y humilde de corazón» ([Mat. 11:29](#)). Con qué dulzura enseña, aquí también, a sus discípulos: «Soportad aún esto... Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que toman la espada, a espada perecerán» ([Lucas 22:51](#); [Mat. 26:52](#)). La historia y la experiencia confirman la veracidad de estas palabras.

También fue una locura querer enfrentarse con 2 espadas a los soldados del tribuno. Pedro, por cierto, demuestra ser muy torpe en el manejo de su arma. Pero, en medio de la confusión general, el Señor encuentra tiempo para reparar los efectos del acto irreflexivo de su discípulo. Por última vez, extiende su mano para socorrer, «hacer bien y sanar» (vean [Hec. 10:38](#)) (*).

(*) Solo Lucas menciona este milagro, como acostumbra a relatar muchos rasgos conmovedores de la vida del Señor. Juan cita el nombre del esclavo: Malco (18:10), lo que permite suponer que este hombre fue salvado posteriormente y, por lo tanto, era conocido por los primeros cristianos.

Por último, la acción de Pedro fue una locura porque rebajó a Cristo al nivel de un hombre que necesitaba protección, y así lo despojó de su gloria divina. Si esta había permanecido oculta a los hombres, se había revelado plenamente a Pedro ([Mat. 16:16](#); [17:1](#) y ss.). Por lo tanto, no correspondía a los apóstoles asegurar la protección de Jesús, ¿no lo había traicionado uno de ellos?, y le habría bastado con orar a su Padre para obtener la ayuda invencible de «más de 12 legiones de ángeles» y «la multitud de las huestes celestiales» ([Mat. 26:53](#); [Lucas 2:13](#)). Y no era «Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel» ¿quien se satisfaría en sus adversarios y se vengaría de sus enemigos? ([Is. 1:24](#)). Pero la hora del juicio y la venganza aún no había llegado. El Señor estaba en medio de los hombres por *misericordia*, para llevar a cabo la obra necesaria para su redención. Por eso «así tenía que suceder» (vean [Mat. 26:54](#)). Cuando el Señor Jesús descienda por segunda vez a la tierra, no será en gracia, sino en juicio, no en humillación, sino «en su gloria, y todos los ángeles con él» ([Mat. 25:31](#)).

En la escena que nos ocupa, vemos al Señor humillado y avergonzado y, sin embargo, elevado por encima de todo lo que le rodea. No está preocupado por sí mismo, sino por Judas, luego por los suyos, por Pedro, por Malco; finalmente, se dirige, con soberana dignidad, a los que vienen a arrestarlo y pone de manifiesto la infamia de la conducta de ellos: «¿Habéis salido a prenderme como a un ladrón, con espadas y con palos?» (Mat. 26:55-56). Estas armas eran testimonio de su malestar. Había estado: «De día enseñaba en el templo... Todo el pueblo acudía a él temprano para oírlo en el templo» (Lucas 21:37-38). ¿Era tan difícil capturarlo entonces? Ciertamente, si finalmente lo capturaban, no sería gracias a sus armas, sino para que «se cumplieran las Escrituras, que es necesario que así suceda» (v. 54). Había llegado su hora y también «esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lucas 22:53): el hombre y Satanás unidos contra Dios. Sin embargo, el aparente triunfo que obtuvieron entonces pronto se convertiría en una aplastante derrota.

«Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Mat. 26:56). Todos estaban «escandalizados» de él, como él les había anunciado, porque no podían entender lo que iba a lograr. «Amigos y compañeros se alejaron de él», «el rebaño se dispersó», dejando solo al Pastor contra quien «se había despertado la espada» (vean Mat. 26:31; Sal. 88:18; Zac. 13:7).

No podía ser de otra manera. Entre el arca (Cristo) y el pueblo, al entrar en Canaán, debía mantenerse una distancia de unos 2.000 codos. «A fin de que sepáis el camino por donde habéis de ir... Pero entre vosotros y ella haya distancia como de dos mil codos; no os acercaréis a ella». ¿Cuál era ese camino? Conducía a través del Jordán, que «el Jordán suele desbordarse por todas sus orillas», y ningún hombre había «pasado antes de ahora por este camino». El arca debía abrir el Jordán *delante de* la gente (Josué 3:4, 6-15). Muchos, ciegos a su propio estado de pecado, se esfuerzan por cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida sin el arca, es decir, ir al cielo sin el Salvador. ¡Qué error tan funesto! Serán tragados para siempre en las olas del «Jordán». Su parte será una separación eterna de Dios, «la segunda muerte» (Apoc. 20:14), porque habrán creído que pueden comparecer en su santa presencia en su estado de pecado.

El Señor le había dicho a Pedro: «A dónde yo voy, tú no puedes seguirme ahora» (Juan 13:36). Solo aquel que ha reconocido la completa perdición y la ruina del hombre natural puede entender estas palabras. Eso era lo que le faltaba a Pedro y a los demás discípulos. Por eso también el «joven» que había querido seguir a Jesús tuvo que huir avergonzado, abandonando «la sábana» de la que sin duda se jactaba, para permanecer en su miseria y desnudez absolutas (Marcos 14:51-52).

¿Qué le sucedió al Señor? «Entonces la compañía [de soldados], el tribuno y los alguaciles de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron» ([Juan 18:12](#)). Así, los hombres solo tuvieron para esas manos que habían sembrado bondad sobre bondad, ataduras infames y, unas horas más tarde, dolorosos clavos.

4 - El interrogatorio nocturno

El Señor Jesús tuvo que soportar 6 interrogatorios consecutivos, a saber:

1. Ante los principales sacerdotes ([Juan 18:12-24](#)).
2. El interrogatorio nocturno ante el Sanedrín; los principales sacerdotes «buscaban falso testimonio contra Jesús» ([Mat. 26:57-66](#); [Marcos 14:53-64](#)).
3. La sesión del Sanedrín al amanecer (los principales sacerdotes “lo trajeron delante del Consejo”, descrita solo en [Lucas 22:66-71](#); mencionada en [Mateo 27:1](#) y [Marcos 15:1](#)).
4. Ante Pilato ([Mat. 27:11-14](#); [Marcos 15:2-5](#); [Juan 18:28-38](#)).
5. Ante Herodes ([Lucas 23:8-12](#)).
6. Una segunda vez ante Pilato ([Mat. 27:15-26](#); [Marcos 15:6-15](#); [Lucas 23:13-25](#); [Juan 18:38 al 19:16](#)).

No podemos comprender del todo el alcance de un procedimiento tan inusual, probablemente único en la historia del mundo. Los primeros cristianos aún estaban abrumados por la emoción que estos acontecimientos habían producido en ellos, cuando «en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel». Sí, «los reyes de la tierra, y los príncipes unánimes se juntaron contra el SEÑOR y contra su Cristo» ([Hec. 4:24](#) y ss.). Desde el punto de vista humano, Aquel que comparecía ante tales jueces no tenía ninguna posibilidad de escapar a la condena. Sin embargo, «se amotinaron las naciones» solo conduce a un falso triunfo y «los pueblos meditaron vanos proyectos». De hecho, ¿por qué se habían reunido? «Para llevar a cabo cuanto tu mano y tu consejo predestinaron que sucediera». Pero esto no disminuye en nada la responsabilidad del hombre, y en particular, del pueblo de Israel.

Ya cuando el Señor vino a esta tierra, «el rey Herodes se turbó y todo Jerusalén con él» ([Mat. 2:3-4](#)). Entonces también se habían reunido contra él «todos los principa-

les sacerdotes y escribas del pueblo». Su oposición y su creciente odio fueron los motivos constantes de sus acciones contra Cristo durante toda su vida. Poco antes de su crucifixión, este odio alcanzó su punto álgido, pero ya desde el momento en que creyeron tenerlo completamente en su poder, los empujó a actuar sin descanso ni sueño.

Después de su arresto, el Señor fue llevado primero ante Anás, quien lo condujo inmediatamente ante Caifás, «que era Sumo Sacerdote aquel año» (*) (Juan 18:12-24).

(*) Juan añade este detalle cada vez que menciona el nombre de Caifás. Así, cuando en Juan 18:15 y siguientes se habla del Sumo Sacerdote no puede tratarse más que de Caifás y no de Anás (comp. v. 24). En aquella época, el sacerdocio estaba completamente arruinado. El Sumo Sacerdote ya no era establecido según el orden hereditario, como Dios había prescrito (Éx. 29:29-30; Lev. 16:32), sino que las influencias políticas, las diversas tendencias religiosas, la ambición y el dinero determinaban la elección. La historia secular relata que Anás fue depuesto en el año 15 d.C. por los romanos y que su yerno Caifás le sucedió en el año 26. Las palabras citadas por Juan sugieren que el Sumo Sacerdote cambiaba cada año (comp. Hec. 4:6), mientras que Lucas 3:2 parece indicar que los 2 hombres ejercían este cargo simultáneamente. ¡Qué confusión!

En el Evangelio según Juan, el Señor solo se presenta ante estos 2 hombres, y no ante todo el Sanedrín. Son ellos, y sobre todo Caifás, los responsables de su condena (Juan 19:11). Caifás ya está nombrado en Juan 11. Al resucitar a Lázaro, el Señor se había revelado claramente como el Hijo de Dios, de modo que «muchos de los judíos... creyeron en él» (Juan 11:45). Entonces Caifás, desechando todas las dudas de sus compañeros, se puso a la cabeza de ellos y exigió la muerte de Jesús por razones de interés nacional. Por lo tanto, él fue el instigador, porque «desde aquel día, pues, concertaron matarle» (Juan 11:51-53; 18:14).

¡Pobre hombre! ¡Le declaró la guerra a Dios! Esto le costó, ya en la tierra, además de «una gran cantidad de dinero» (Mat. 28:11 y ss.), una mentira para mantener, a los ojos del pueblo, la apariencia de un éxito. Su nombre se cita de nuevo entre los perseguidores de los primeros cristianos (Hec. 4:6). ¡Qué cosecha aterradora habrá cosechado de su propia siembra! (*)

(*) La historia cuenta que fue destituido por los romanos en el año 36 o 37, unos años después de la muerte del Señor. Así que tuvo que terminar su vida con amargura, como muchos de los que creen que pueden levantarse contra Dios y contra el Señor Jesús.

«El Sumo Sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y acerca de su enseñanza» (Juan 18:19). Era una pregunta de pura forma. Quizás Caifás también quería instruir el asunto a fondo –de ahí la pregunta sobre los discípulos– y establecer cargos contra Jesús que le permitieran alcanzar con mayor seguridad el objetivo que se había propuesto desde hacía mucho tiempo. Pero el buen Pastor no estaba dispuesto en absoluto a entregar al lobo ni una sola de sus ovejas. En cuanto a su doctrina, Caifás había tenido muchas ocasiones de oírla, porque el Señor había «hablado abiertamente al mundo; enseñaba siempre en la sinagoga y en el templo», y «nada he hablado en secreto» (Juan 18:20). Ciertamente, «no pudo estar oculto» (Marcos 7:24). Si Caifás no aprovechó estas numerosas oportunidades para escucharlo, fue su única responsabilidad. Podía dirigirse a los publicanos y a los pecadores, porque ellos tenían «oídos para oír» y «se acercaban para oírlo» (Lucas 14:35; 15:1; Juan 18:21).

¡Con qué sabiduría y dignidad respondió el Señor a Caifás, el más perverso de sus enemigos! Lo vemos de nuevo en esta circunstancia, como siempre en este Evangelio, dominando a los hombres y los acontecimientos. La ruina del pueblo de Israel es tan completa que Jesús no puede reconocer de ninguna manera al Sumo Sacerdote establecido por los hombres, ni se retracta, como Pablo tuvo que hacerlo en una circunstancia similar (Juan 18:22-23; Hec. 23:1 y ss.). Es él quien tiene la última palabra ante Caifás. En los Evangelios de Mateo y Marcos, vemos, en contraste con el Evangelio según Juan, cómo la injusticia de los jefes del pueblo triunfa aparentemente, ya al comienzo de este primer interrogatorio.

Hasta entonces, el Señor solo tenía frente a él a un pequeño número de acusadores. Pero la escena se anima de repente: «Se reunieron todos los principales de los sacerdotes, los ancianos y los escribas» ahora junto a Caifás (Marcos 14:53-64; Mat. 26:57-66). Aunque la sesión oficial del Sanedrín no comenzaba hasta el amanecer (Lucas 22:66), fue durante esta audiencia nocturna cuando, en lo que respecta a Israel, Cristo fue condenado (*).

(*) Según las ordenanzas judías, estaba prohibido que un tribunal sesionara de noche. El Sanedrín era un tribunal supremo cuyas sentencias eran inapelables. Compuesto por 70 miembros y presidido por el Sumo Sacerdote, sesionaba en el templo y no, como aquí, en la casa del Sumo Sacerdote (Lucas 22:54). Así, en el caso del Señor Jesús, el Sanedrín se reunió a una hora ilícita, en un lugar inusual, lo que sin duda delataba la mala conciencia de sus miembros.

¡Qué extraña jurisdicción! «Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban [un] testimonio contra Jesús, para hacerle morir» (Marcos 14:55). Su sentencia estaba decidida de antemano. Pero para poder dictarla con una apariencia de legalidad, ¡primero tenían que «buscar falso testimonio»! Mateo incluso especifica: «Buscaban *falso* testimonio contra Jesús» (26:59). Por lo tanto, estaban convencidos de que no lograrían basar su veredicto en la justicia. Ya una vez «consultaron entre sí para ver cómo podrían hallar falta en sus palabras». Acechándolo, «enviaron espías que fingían ser justos, para atraparlo en [alguna] de sus palabras» (Lucas 20:20; Mat. 22:15; Marcos 12:13).

Al no haber podido «sorprenderlo en las palabras que decía ante el pueblo» (Lucas 20:26), se esforzarían, ¡y con qué tenacidad!, por lograrlo en una audiencia celebrada a puerta cerrada, de noche. Les importaba poco que la Ley castigara severamente el falso testimonio (Éx. 20:16; Deut. 19:16 y ss.). Además, sus esfuerzos fueron en vano: «Pero no lo hallaron, a pesar de acercarse muchos falsos testigos» (Mat. 26:60). Sin embargo, habrían bastado 2 testimonios concordantes. Así, la declaración del Señor Jesús: «¿Quién de vosotros me convence de pecado?» (Juan 8:46) encontró su confirmación más brillante ante el tribunal supremo de los judíos. Los 2 testigos que «vinieron» al final también eran «falsos testigos», porque el Señor Jesús no había pronunciado las palabras que ellos le atribuían (Mat. 26:60-61; Marcos 14:57-58; Juan 2:19 y ss.). De hecho, no había dicho: “Puedo destruir”, ni “Destruiré”, ni había pensado en el “templo hecho de mano”, sino que había anunciado lo que *ellos*, sus enemigos, harían con el «templo de su cuerpo», y había hablado así de su muerte y resurrección. «Ni así concordaban sus testimonios» (Marcos 14:59), y no se cumplía la condición prescrita por la Ley, según la cual «solo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (Deut. 17:6; 19:15).

Dios había advertido solemnemente a su pueblo contra todo juicio injusto (Deut. 16:18-20). Pero a estos jueces no les importaba salvaguardar ni siquiera las apariencias de la justicia. Pasaba el tiempo y Caifás quería acabar con todo. «Se levantó el

Sumo Sacerdote hacia el centro y preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada a lo que estos testifican contra ti? Pero *él callaba y nada respondía*» (Marcos 14:60). El primer hombre, culpable, había intentado excusarse ante el Juez omnisciente (Gén. 3:12). El segundo hombre, inocente, compareciendo ante un juez injusto, no busca justificarse, sino que guarda silencio. En 7 ocasiones, en el relato de la pasión, los autores inspirados mencionan este divino mutismo. «Pero Jesús callaba... No respondió nada... No le respondió ni una sola palabra... Pero él callaba y nada respondía» (Mat. 26:63; 27:12 y 14; Marcos 14:60; 15:5; Lucas 23:9; Juan 19:9). ¡Adorable Señor, que cuando te ultrajaban, no devolvías ultrajes, cuando sufrías, no amenazabas, sino que te entregabas a aquel que juzga con justicia! (1 Pe. 2:23).

Entonces el Sumo Sacerdote, perdiendo la paciencia, recurre al último recurso: la imprecación. Le dijo a Jesús: «¡Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios!» (Mat. 26:63).

Un momento solemne, concedido por Dios mismo, con el fin de poner de manifiesto los verdaderos motivos que impulsaron al hombre a rechazar al Hijo de Dios. De hecho, ni los falsos testimonios ni ninguna acusación formulada por el hombre motivaron su condena, sino solo el testimonio que él mismo dio a la verdad, él que era «la verdad» (Juan 1:17; 14:6; 18:37).

Al escuchar la súplica de Caifás, el Señor se habría puesto en contradicción con la Ley de Dios si hubiera persistido en guardar silencio (*). Tal desobediencia era inconcebible de su parte.

(*) Las palabras «¡Te conjuro por el Dios vivo!» constituían la fórmula del juramento pronunciado por el juez. Obligaba al “conjurado” a decir la verdad. La Ley decía: «Si alguno pecare por haber sido llamado a testificar, y fuere testigo que vio, o supo, y no lo denunciare, él llevará su pecado» (Lev. 5:1; comp. Prov. 29:24).

En esta atmósfera de odio y mentira, sigue siendo el hombre obediente y perfecto, el único que, en su silencio, está dedicado a Dios, el único que, en sus palabras, es «el testigo fiel y verdadero» (Apoc. 3:14). «Jesús le dijo: Tú lo has dicho» (Marcos 14:62; Mat. 26:64). Él no ignoraba cuáles serían las consecuencias de este testimonio que establecería su culpabilidad ante los ojos de sus jueces. Pero no amaba su vida (Juan 12:25). Hombre obediente, sometido a la Ley de Dios y al deseo de su Padre, «sí mismo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8).

Pero el hombre que comparecía ante el Sanedrín había venido del cielo. Como tal, se eleva inmediatamente de su posición de humillación y dependencia a las cimas más gloriosas de su majestad divina. Con estas palabras: «Sin embargo, os digo», el Señor pasa, por así decirlo, página y, de acusado, se convierte en juez, mientras que sus jueces deben sentarse en el banquillo de los acusados. «Sin embargo, os digo, que en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo» ([Mat. 26:64](#)).

Llegamos aquí al momento más solemne de esta noche. Jesús conocía el corazón de los líderes del pueblo y el eco que su testimonio de la verdad produciría en ellos. Pero el que rechazaba la gracia tan generosamente ofrecida, se exponía a partir de entonces al juicio de un Dios justo y santo. Antes de que los jueces injustos pronunciaran su sentencia, oyeron su propia condena, de boca de Aquel cuyo «juicio es justo» ([Juan 5:30](#)).

Si el Mesías había sido hasta entonces el objeto de su espera (y todavía era tiempo de reconocer al Señor Jesús como tal), «en adelante» no les quedaba más que esperar «al Hijo del hombre», como juez. Si hasta entonces había pasado entre ellos «haciendo bien por todas partes y sanando a todos los oprimidos por el diablo» ([Hec. 10:38](#)), de ahora en adelante ya no lo verían así, humilde y despreciado, sino «sentado a la diestra del poder». Cuando volviera a la tierra, ya no sería «para buscar y salvar», sino «sobre las nubes del cielo», revestido de la gloria del cielo, para juzgar a su pueblo terrenal ([Mat. 24:29-30](#); [Sal. 110:1-2, 5](#)).

En vano buscaríamos en estos hombres impíos la expresión de cualquier inquietud, a raíz de esta solemne declaración del Señor Jesús. La sentencia que había dirigido a Jerusalén: «¡Pero ahora se oculta de tus ojos!» ([Lucas 19:42](#)), también se aplicaba a ellos. Porque lo que debería haberlos llevado al arrepentimiento, por el contrario, les dio la oportunidad que buscaban para llevar a cabo su diabólico plan.

«Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Blasfemó! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? ¡Ya lo veis, acabáis de oír la blasfemia! ¿Qué os parece?» ([Mat. 26:65-66](#)). ¡Qué ceguera! Mientras acusaba al Hijo de Dios de blasfemar y desobedecer la Ley, lo que merecía la pena capital, cuando él había dado testimonio de la verdad, el Sumo Sacerdote Caifás violaba él mismo la Ley y se hacía así merecedor de la muerte. De hecho, la Ley ordenaba al Sumo Sacerdote y a sus hijos: «No rasguéis vuestros vestidos en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación» ([Lev. 24:16](#); [10:6](#); [21:10](#)).

«Todos ellos le condenaron como digno de muerte» ([Marcos 14:64](#); [Mat. 26:66](#)). Esta

sentencia constituía un verdadero crimen judicial. «¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad; pero ahora, los homicidas» (Is. 1:21).

El objetivo de esta asamblea nocturna se había alcanzado; la sentencia, dictada; el destino de Jesús, fijado; pero también el de Israel, que acababa de condenar a su rey, el ungido de Dios. El hombre condenaba a muerte al que «fue manifestado en carne» (1 Tim. 3:16). Por insensato que pareciera, por presuntuoso que fuera, ese acto se convirtió, esa noche, en la casa del Sumo Sacerdote, en un hecho histórico. Dios lo permitió para manifestar el estado del corazón humano, pero también para abrir al hombre culpable un camino por el cual pudiera ser salvado.

5 - «Tú me negarás tres veces»

(Mat. 26:56, 69-75; Marcos 14:54, 66-72; Lucas 22:54-62; Juan 18:15-18, 25-27)

Después del arresto del Señor Jesucristo, «todos los discípulos, dejándole, huyeron» (Mat. 26:56). Luego, Pedro y «el otro discípulo» (*) regresaron, sin duda, sobre sus pasos. Ya cuando había desenvainado la espada, Pedro se había expuesto a un grave peligro por el Señor. Era sincero cuando declaró: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti» (Juan 13:37). Si sigue a Jesús «de lejos» (Marcos 14:54), no solo lo acompaña un trecho de camino, sino que penetra «hasta dentro del patio del Sumo Sacerdote». Allí se mezcla con aquellos de quienes había huido poco antes y «Pedro se sentó en medio» (Lucas 22:55). Quería «ver el fin» (Mat. 26:58), lo que demuestra que su corazón estaba lleno de preocupación por su Señor.

(*) Se trataba de Juan. Vean Juan 18:15; 20:2; 21:20-24.

Siempre había mostrado mucho celo por él. Pero a Pedro aún le faltaba una cosa: no se había conocido a sí mismo y desconocía la total incapacidad de la carne para cumplir la voluntad de Dios. Un terrible fracaso le enseñaría esta lección; la hora de la tentación revelaría el verdadero estado de su corazón.

«Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí», había declarado el Señor Jesús (Juan 14:30-31). El oro iba a ser probado en el fuego y saldría tan puro como antes. Su amor y obediencia al Padre se manifestaron plenamente ante los ojos de todos. Pero ¿qué pasó con los discípulos? ¡Ay! En ellos, no todo era oro puro. El

«cierto joven» confiaba en su sábana y tuvo que abandonarla. Pedro confiaba en sí mismo y se cubrió de vergüenza.

Y, sin embargo, ¡con qué gracia no había advertido el Señor a su discípulo!: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos» (Lucas 22:31-32). El nombre de Simón que el Señor usa en esta ocasión recuerda lo que Pedro era por naturaleza. Por un lado, el débil Simón; por el otro, todo el poder de Satanás, el «homicida desde el principio» (Juan 8:44). ¿No debería haber caído rostro en tierra y suplicado al Señor que le concediera su compasión y el poderoso auxilio de su gracia?

¿Cómo no se sintió profundamente humillado al considerar con qué fidelidad el Señor había previsto su restauración y le había confiado incluso un servicio en favor de sus hermanos? En lugar de eso, le respondió: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel y a la muerte» (Lucas 22:33; Marcos 14:29 y ss.). «¡Estoy dispuesto!» Era el lenguaje de la presunción.

Pedro, al no querer escuchar las advertencias del Señor, no supo velar y orar cuando llegó el momento. Y debido a que descuidó la vigilancia y la oración, sucumbió a la tentación (Marcos 14:37-38). Cuando se presentó, primero luchó contra el enemigo, luego se asoció con él y negó a su Señor 3 veces, como este le había anunciado.

Mientras el Sanedrín se reúne en una de las salas que dan al patio del palacio (*), Pedro se mezcla con los siervos del Sumo Sacerdote y «se sentó en medio» (Lucas 22:55). Se calentó con el «fuego» que los enemigos de su Maestro habían encendido en el patio «porque hacía frío» (Juan 18:18, 25). ¿Cómo podría Pedro haber demostrado en un lugar así la fuerza de la que se había jactado? De hecho, se muestra más débil que una mujer desde el principio: se asusta ante la mirada inquisitiva (Lucas 22:56) de la criada (**) que lo había dejado entrar por recomendación del otro discípulo, conocido por ella. Ahí está, renegando del Señor por primera vez «delante de todos» (Mat. 26:70). «¿No eres tú uno de los discípulos de este hombre? Él dijo: No soy... No sé, ni entiendo lo que estás diciendo... No lo conozco, mujer» (Juan 18:17; Marcos 14:68; Lucas 22:57).

(*) Esta sala estaba abierta hacia el patio (vean Lucas 22:61). El palacio, según la disposición habitual en aquella época, incluía un gran patio interior, al que daban las salas del edificio, precedidas de un peristilo.

(**) Se trataba de una guardiana de las puertas (Juan 18:17). No es posible establecer claramente todos los detalles de esta escena. Una cosa es cierta: Pedro negó a Jesús en 3 ocasiones distintas, tras la intervención de varias personas.

Presa de una agitación interior, sale «al portal», donde la primera, luego una segunda criada y los que estaban con ella le hacen la misma pregunta (Mat. 26:71; Marcos 14:68, 69; Lucas 22:58). «Y lo negó otra vez con juramento: No conozco a ese hombre» (Mat. 26:72). ¡Qué lenguaje! Que la sirvienta llame al Señor Jesús «este hombre» (Juan 18:17), lo admitimos a duras penas. Pero aquí es su discípulo quien se olvida hasta tal punto, poco después de haberle jurado lealtad hasta la muerte.

En Getsemaní, el Señor había sufrido los ataques de Satanás en 3 ocasiones; la lucha se volvía cada vez más intensa, pero el Hombre perfecto estaba sostenido por el poder de Dios. El débil discípulo, abandonado a su suerte, también sufrió 3 ataques cada vez más violentos. Después de una breve calma: «Pasó como una hora» (Lucas 22:59), el enemigo le asesta por sorpresa un golpe decisivo: «Incluso tu manera de hablar te pone de manifiesto... Porque también eres galileo» (Mat. 26:73; Marcos 14:70). Incluso uno de los esclavos del Sumo Sacerdote, «pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja», dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?» (Juan 18:26). Entonces el pobre discípulo pierde la compostura. Mientras que, ante Caifás y sus compinches, «el testigo fiel y verdadero» se enfrenta a la muerte con una serenidad admirable, Pedro, para salvar su vida, «entonces comenzó a maldecir y a jurar: ¡No conozco a ese hombre!» (Mat. 26:74; Marcos 14:71).

«Y en ese momento, mientras hablaba, cantó un gallo» (Lucas 22:60). «Por segunda vez cantó un gallo», especifica el Evangelio según Marcos (14:72). Aquel por quien y para quien todas las cosas fueron creadas (Col. 1:16) se sirvió de esta criatura carente de inteligencia, con el fin de socorrer a su discípulo caído tan bajo. ¿Quién, en aquella noche, podía prestar atención al canto del gallo? Pero, para Pedro, fue como un rayo desgarrando la espesa oscuridad, un despertar lleno de terror. ¡Ay! ¡Si hubiera prestado atención al primer canto del gallo (Marcos 14:68)! Solo al segundo «Pedro recordó la palabra que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres veces» (Marcos 14:72). ¿Sería posible la restauración después de tal caída? ¿Podría Pedro recuperar algún día el gozo de la comunión con su Salvador?

No puede sino estar en una profunda angustia. Pero el Señor, volviéndose, miró a

Pedro (Lucas 22:61). La mirada temerosa del discípulo se encuentra con la mirada llena de compasión de Jesús, quien, a pesar de los sufrimientos que abrumaban su alma, está lleno de solicitud hacia su querido discípulo. Lejos de apartarse de él con horror, Aquel a quien nadie había mostrado compasión (Sal. 69:20) expresa, con esta mirada, toda la gracia que su corazón estaba lleno hacia un hombre que acababa de negar «tres veces» que lo conocía (Lucas 22:34). El Señor quería llegar así al corazón y a la conciencia de Simón Pedro. Solo Lucas relata este detalle y –hecho digno de mención– en este Evangelio, no fue tanto el canto del gallo como la mirada de Jesús lo que llevó a Pedro a recordar la advertencia del Señor (Lucas 22:61).

Pedro, «saliendo de allí, lloró amargamente» (Lucas 22:62). Estas lágrimas expresaban su profundo arrepentimiento, y van acompañadas de «frutos dignos de arrepentimiento» (Lucas 3:8). El corazón «es engañoso... y perverso» (Jer. 17:9) siempre busca conformarse con una sola de estas 2 cosas. Uno puede manifestar sentimientos de arrepentimiento, mientras persevera en un camino de desobediencia. Pero eso no es arrepentimiento verdadero, es inútil. La «tristeza que es según Dios» había producido en los corintios un «arrepentimiento para salvación, de la cual no hay que arrepentirse» (2 Cor. 7:10). Lo mismo le sucedió a Pedro: quebrantado por la mirada de su amado Señor, «salió de allí», abandonando así el lugar que había sido una ocasión de caída, mientras derramaba lágrimas amargas producidas por el sentimiento de su profunda culpa.

¿Qué pasó después? Si el camino que conduce al abismo es rápido, ¡cuán arduo y doloroso es el que lo remonta! Pero el Señor provee para todo en favor de su infortunado discípulo. Había orado por él antes de su caída. Su mirada se posa sobre él cuando acaba de consumarla, y más tarde lo rodea de sus misericordiosas atenciones para restaurarlo por completo. A él fue a quien anunció en primer lugar su resurrección. También fue él el primer discípulo al que se le manifestó (*) (Marcos 16:7; 1 Cor. 15:5). «Verdaderamente resucitó el Señor, y Simón lo ha visto» (Lucas 24:34).

(*) Jesús «apareció primero a María Magdalena» (Marcos 16:9), pero en 1 Corintios 15 solo se mencionan los testigos masculinos de su resurrección.

Así como el Señor, habiéndose levantado de la cena, tomó agua para lavar los pies de los discípulos, su Palabra divina fue el agua purificadora que usó, en su primer encuentro con Pedro, para lavar sus pies sucios. «Si no te lavo, no tienes parte conmigo», le había dicho esa noche (Juan 13:7, 8). Lo que Pedro no entendió entonces, lo

entendió «más tarde», es decir, durante ese primer encuentro con Cristo resucitado. Sin embargo, la Palabra no relata en ninguna parte la conversación que tuvo lugar entre el Señor y su discípulo: el Espíritu Santo ha extendido para siempre el velo del secreto sobre esa hora, en la que ciertamente se llevó a cabo un trabajo profundo. ¡El corazón de Pedro todavía estaba muy pesado cuando corrió al sepulcro, antes de ese encuentro con Jesús! (Juan 20:4). Pero después de que esto sucediera, cuando se enteró de que era el Señor quien estaba en la orilla del mar de Tiberias, «se ciñó su túnica... y se echó al mar», tan impaciente estaba por disfrutar de su presencia (Juan 21:7-9). El *Señor Dios* había preparado allí un fuego para su querido discípulo, junto al cual este podía calentarse. La conversación que tuvo después con Pedro reveló claramente a este último la raíz del mal que había llevado a su caída, a saber, su confianza en la carne. Como esta raíz había sido juzgada por completo, a Pedro se le encomendó un nuevo servicio. Gracias a esta obra de restauración, se cumplió la palabra que Jesús le había dicho: «y tú, cuando hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos» (Lucas 22:32).

Anticipándonos un poco al resto de los acontecimientos, nos gustaría echar un vistazo a la escena descrita en Hechos 4. Encontramos el mismo Sanedrín (v. 15), los mismos hombres (v. 6), los mismos discípulos (v. 13) que los que acabamos de conocer, con la diferencia de que, esta vez, los discípulos están en el banquillo de los acusados, en el lugar que ocupaba su Señor hace poco. ¡Pero qué cambio en ellos! El corazón de Pedro ya no está lleno de confianza en sí mismo, sino «del Espíritu Santo» (v. 8). Ya no siente temor de los hombres, sino que actúa y habla en el poder del Señor. Además, lejos de negarlo, confiesa en voz alta ante todo el pueblo «el nombre de Jesucristo el Nazareno», el único nombre «dado entre los hombres, en el que podamos ser salvos» (v. 9-12).

Los principales sacerdotes «les reconocían que habían estado con Jesús» y «se maravillaban» de su audacia cuando se dieron cuenta de «que eran hombres sin letras y del vulgo» (v. 13). Cuánto mayor habría sido su asombro si hubieran sabido cuán débiles y miserables eran estos hombres en sí mismos, como Pedro lo había demostrado al negar a su Maestro. Pero si sus ojos se hubieran abierto, se habrían maravillado, como nosotros, de la obra que la gracia divina había realizado para la restauración de este débil discípulo, hasta el punto de que pudo declarar al pueblo: «Pero vosotros negasteis al Santo y Justo» (Hec. 3:14).

6 - «El oprobio de los hombres y el despreciado del pueblo»

(Salmo 22:6; Mat. 26:67, 68; Marcos 14:65; Lucas 22:63-65)

Consideremos ahora los acontecimientos que marcaron el final de «la noche que [el Señor] fue entregado», escena durante la cual el «Señor de gloria», el «Creador de los confines de la tierra» fue objeto de los tratos más ignominiosos por parte de sus criaturas. Allí nos está presentado como Aquel que fue «despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto» (Is. 53:3).

A pesar de todos nuestros esfuerzos por comprender estas cosas, nuestra comprensión siempre estará por debajo de la realidad. ¡La vida del Señor en medio de su pueblo había sido beneficiosa, toda impregnada de amor y humildad! Nada describe mejor su carácter que la palabra profética: «No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare» (Is. 42:2-3; Mat. 12:19-20). Todos los corazones deberían haberse sentido atraídos hacia él. Pero, aunque vino a los suyos, «los suyos no lo recibieron». «El mundo no lo conoció», aunque «fue hecho por él» (Juan 1:10-11). En la tierra fue «el primogénito de toda creación» (Col. 1:15), poseedor de prerrogativas que ningún hombre ha podido ni podrá jamás arrogarse. Sin embargo, estas glorias dejaban indiferente el corazón natural, para quien «no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos» (Is. 53:2). En lugar de recibir la adoración que le correspondía, solo recibió desprecio y odio. Era «el menospreciado de alma, al abominado de las naciones» (Is. 49:7). Él mismo dijo, por medio del Espíritu profético: «Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa... En pago de mi amor me han sido adversarios... Me devuelven mal por bien, y odio por amor» (Sal. 69:4; 109:4-5).

Todo esto no se manifestó plenamente hasta el momento en que «el Hijo del hombre» fue «entregado en manos de pecadores» (Marcos 14:41). Durante el interrogatorio al que el Sumo Sacerdote sometió a Jesús, un alguacil había abierto el camino a la violencia dándole una bofetada (Juan 18:22-23). A partir de entonces, cada vez que tuvieron la oportunidad, sus verdugos se empeñaron en maltratarle y en cubrirle de insultos.

«Entonces le escupieron en la cara, y le dieron puñetazos; y otros lo abofetearon» (Mat. 26:67). Incluso los miembros del sanedrín, al parecer, se unieron a estos ultrajes; en cualquier caso, asumieron la responsabilidad. Pero discernimos, detrás de

estos hombres, a aquel que, como Dios se lo permitía, tenía todos los hilos en su mano, incluso al «príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de la desobediencia» (Efe. 2:2). Después de haber atado en el huerto de Getsemaní las manos que habían curado la oreja de Malco (Juan 18:12), ahora cubren los ojos que acababan de dirigir una mirada llena de compasión al discípulo que lo había negado (Lucas 22:64; Marcos 14:65). ¡Cuánto ha perfeccionado el hombre sometido a Satanás el arte de manifestar su odio contra el Dios de amor!

Le escupían a la cara. Por boca de Job, el Espíritu había hablado de ello siglos antes: «De mi rostro no detuvieron su saliva» (Job 30:10). Medimos un poco la vergüenza que conlleva tal trato cuando escuchamos a Dios declarar, hablando de María convertida en leprosa: «Si su padre hubiera escupido en su rostro, ¿no se avergonzaría por siete días?» (Núm. 12:14). Lo golpeaban con las manos, le daban bofetadas y se burlaban de él. Cubriéndole los ojos, exclamaban: «Profetiza, ¿quién es el que te pegó?», provocándolo así a desplegar para su placer el poder divino que nunca había empleado más que en favor de aquellos que realmente lo necesitaban. «Blasfemando, le decían muchas otras cosas»; sí, «me despedazaban sin descanso» (Lucas 22:65; Sal. 35:15). De lo que le acusaban falsamente hace un momento, ahora lo practican ellos mismos y «no temen decir injurias contra las dignidades» (2 Pe. 2:10).

¿Cuál sería nuestra actitud si fuéramos víctimas de un trato similar? ¿Alguna vez nos han abofeteado y escupido en la cara? Suponiendo que así fuera, ¿nos hemos quedado callados y serenos, como Aquel a quien contemplamos en el centro de esta escena ignominiosa? De sus labios no sale palabra. «Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores... Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos» (Is. 53:7; 50:6). No ignoramos por quién soportaba todo esto: «Porque por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro... los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí» (Sal. 69:7 y 9; Rom. 15:3).

Así terminó aquella dolorosa noche. Pero sus verdugos no dan tregua a su víctima. «Cuando amaneció» (Marcos 15:1), es decir, al amanecer, los jueces injustos aparecen de nuevo en escena. «Cuando amaneció, se reunió el presbiterio del pueblo, los jefes de los sacerdotes con los escribas, y lo trajeron ante su Sanedrín» (Lucas 22:66). Si durante la noche habían buscado «un testimonio contra Jesús» (Marcos 14:55), ahora celebraron «consejo contra Jesús, para matarlo» (Mat. 27:1). Como hemos visto, fue una sesión breve, de pura forma, porque su condena ya estaba decidida. Solo Lucas describe esta escena.

Basándose en el testimonio dado la noche anterior por el Señor Jesús, van directamente al grano y le dicen: «Si tú eres el Cristo, dínoslo» ([Lucas 22:67-68](#)). Israel, como pueblo, había rechazado a Cristo. Por lo tanto, ya no era el momento, ni había razón alguna, para examinar si era el Mesías (Cristo). Por eso Jesús les responde: «Si os lo digo, no lo creeréis; y aunque yo os pregunte, no me responderéis». Pero, como «Hijo del hombre», es decir, objeto de promesas que iban más allá del estrecho círculo de Israel, iba a ocupar con gloria el lugar que le correspondía «a la derecha del poder de Dios» (v. 69).

Los jueces sacan inmediatamente una conclusión perfectamente exacta de esta declaración. La luz que poseían los hacía plenamente responsables de sus actos. Ellos habían hablado de Cristo; él, del Hijo del hombre. Pero «Le preguntaron todos: ¿Eres tú, pues, el Hijo de Dios? Y les dijo: Vosotros mismos decís que soy. Entonces dijeron: ¿Qué más necesidad tenemos de testimonio? Nosotros mismos lo oímos de su boca.» (v. 70-71). Cualquiera que fuera el título que se le diera –Cristo, Hijo del hombre, Hijo de Dios– Jesús había sido rechazado por su pueblo.

7 - El fin del traidor

([Mat. 27:3-10](#)).

«Entonces Judas, el que lo había entregado, al ver que era condenado, lleno de remordimiento, devolvió las 30 monedas de plata» ([Mat. 27:3](#)). Sin duda, no había pensado en tal desenlace para el Señor, que siempre había logrado escapar de las conspiraciones de sus enemigos. Había juzgado que era una buena oportunidad para satisfacer su codicia una vez más. Quien se embarca en el camino del pecado se convierte en esclavo de Satanás, y cuando cosecha su inesperada fruta, el despertar es terrible.

El remordimiento de Judas llegó demasiado tarde y no fue profundo, como siempre ocurre cuando el corazón está asustado por las consecuencias de un pecado en lugar de por la gravedad del acto en sí. «Pequé» ([Mat. 27:4](#)). ¡Con qué facilidad pronuncian los hombres estas palabras sin verdadero arrepentimiento ante Dios! Encontramos esta expresión varias veces en las Escrituras (*), pero solo en 3 casos Dios discierne un arrepentimiento real y puede conceder su perdón (David, 2 veces, y el pródigo). A lo largo de su vida, a Judas le faltó un verdadero temor de Dios, y este le faltó hasta el final, a pesar de su declaración: «¡Pequé entregando sangre inocente!». ¿Era

realmente esa toda su culpa? El hombre al que había traicionado de una manera tan odiosa, ¿no tenía derecho a esperar de su discípulo una confesión muy diferente?

(*) Faraón (Éx. 9:27; 10:16); Balaam (Núm. 22:34); Acán (Josué 7:20); Saúl (1 Sam. 15:24 y ss.; 26:21); David (2 Sam. 12:13; 24:10 y ss.; comp. Sal. 51:4); el hijo pródigo (Lucas 15:18 y 21) y Judas.

En Judas no vemos ninguna «tristeza... según Dios» (2 Cor. 7:10), como fue el caso de Pedro, sino solo «la tristeza del mundo produce la muerte». Satanás logra así un doble triunfo: había alcanzado su objetivo en lo que respecta al Señor Jesús y, por otro lado, llevó a la desesperación al instrumento que había utilizado. Judas «se marchó, fue y se ahorcó» (Mat. 27:5). Refiriéndose a la profecía de David, Pedro describe el terrible juicio que lo alcanzó a él y a su casa (Hec. 1:16 y ss.; Sal. 109:6-20).

Judas había arrojado en el templo, a los pies de los principales sacerdotes, “el salario del pecado” (Mat. 27:3-5). Ni el remordimiento de su desdichado cómplice, ni el testimonio que da de la inocencia de Jesús conmueven sus corazones insensibles. «¿A nosotros qué nos importa? ¡Allá tú!». Solo una cosa les preocupa: el uso que se debe hacer del dinero devuelto por el traidor. «Recogiendo las monedas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el Tesoro, porque es precio de sangre» (Mat. 27:6). ¡Así es el corazón del hombre! En lugar de juzgar su pecado a la luz divina, se complace en la observancia de una religión externa. La cita en la que se basaban sin duda (Deut. 23:18) pone de manifiesto su intención de insultar al Señor incluso después de su muerte, al equiparar el precio de su sangre con «la paga de una ramera ni el precio de un perro», porque «abominación es a Jehová tu Dios tanto lo uno como lo otro».

«Después de consultarse, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de extranjeros. Por lo cual aquel campo se llama Campo de sangre, hasta hoy» (Mat. 27:7-8). De esta manera, erigieron, en cierto modo, un monumento a su propia infamia, a la vista y conocimiento de «todos los habitantes de Jerusalén» (Hec. 1:19).

Cuando quitó «de nuestra presencia al Santo de Israel» (Is. 30:8-14; Jer. 19:10-13) y se hizo cargo de su sangre, ¿no convirtió el pueblo judío la tierra prometida en un «aceldama»? ¿No ha sido dispersado entre las naciones?, y lo «quebrará como se quiebra un vaso de alfarero, que sin misericordia lo hacen pedazos; tanto, que entre los pedazos no se halla tiesto para traer fuego del hogar». Esto es lo que recuerda

el campo del alfarero: un campo yermo y estéril en el que el alfarero arroja sus desechos y los fragmentos de sus vasijas rotas. Ocupado por las naciones, el país de Israel se ha convertido en un lugar «para sepultura de extranjeros». Pero toda la tierra también es un «campo de sangre» y un «campo del alfarero». La sangre del Hijo de Dios que fue derramada allí clama, aún hoy, hacia el cielo. La creación, salida perfecta de las manos de Dios, es ahora un campo cubierto de ruinas, un cementerio. ¿Qué más podría buscar el creyente para su corazón en un mundo así? El Señor mismo solo encontró allí una cruz y una tumba, un pensamiento muy propio para hacernos considerar esta escena pasajera bajo su verdadera luz.

«Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: Y tomaron las 30 monedas de plata, precio del valorado, que estimaron los hijos de Israel; y las dieron por el campo del alfarero» (*) (Mat. 27:9-10). «Arrójalo al alfarero (ese magnífico precio con que me valoraron)» (Zac. 11:12-13, LBLA). Solo Mateo menciona este precio, atestiguando así que Israel había valorado a su Mesías al precio de un siervo muerto por un buey (Éx. 21:32). Cuando Dios reanude su relación con su pueblo terrenal, el remanente reconocerá que fue: «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto» (Is. 53:3).

(*) Esta palabra de Jeremías no nos ha sido transmitida. Algunos explican así la dificultad que plantea esta cita: en la colección judía de escritos de los profetas, el libro de Jeremías ocupaba el primer lugar, por lo que los judíos solían decir, cuando citaban a un profeta, «Jeremías o uno de los profetas» o simplemente «Jeremías» (vean Mateo 16:14). Sin embargo, el pasaje de Zacarías 11:12-13 no se corresponde exactamente con la cita de Mateo 27:9-10.

El Señor Jesús, «no consideró el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que sí mismo se despojó», «vendió todo cuanto tenía» para adquirir la perla de gran precio (Fil. 2:6; Mat. 13:46). «El Salvador nuestro, Jesucristo [...] sí mismo se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí mismo un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:14).

8 - Pilato

(Mat. 27:11-14; Marcos 15:2-5; Lucas 23:2-6; Juan 18:28-38).

«Condujeron a Jesús de casa de Caifás al pretorio; era de madrugada» (Juan 18:28). El Sumo Sacerdote y el Sanedrín, el gobernador, Herodes el tetrarca, todos entran en acción temprano en la mañana, con una energía que animaba su odio contra Dios. Pero esto también revela la febril agitación que se había apoderado de los líderes del pueblo. Los acontecimientos se precipitan; la escena en la que se desarrollaban hasta entonces cambia: de la casa de Caifás, Jesús es conducido al pretorio, en el palacio del gobernador romano.

«Y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder comer la Pascua». De nuevo vemos a los judíos preocupados por «el exterior del vaso», mientras que por dentro estaban «llenos de codicia y de maldad» (Lucas 11:39). ¿Qué dice Dios al respecto? «Aborrecí, abominé vuestras solemnidades... Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas» (Amós 5:21; Is. 1:14).

El gobernador, un hombre hábil, condescendió en ir a ver a los judíos. «Pilato salió a ellos y dijo: ¿Qué acusáis a este hombre? Le respondieron diciendo: Si este hombre no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado» (Juan 18:29-30). ¡Respuesta inepta! ¿Por qué no lo juzgaron según su Ley? El odio prevalece sobre su orgullo nacional: «No nos es lícito dar muerte a nadie» (v. 31). De hecho, no fue por lapidación, pena prevista por su Ley (Lev. 24:16), sino en la cruz donde debía morir, «para que se cumpliera lo que Jesús había dicho, dando a entender de qué clase de muerte iba a morir» (Juan 18:32; 3:14; 12:32-33). Todo contribuye al cumplimiento de las Escrituras, incluso los planes más infames de los hombres.

Ante Pilato, los judíos levantan contra Jesús otras acusaciones que ante el Sanedrín. «A este encontramos pervirtiendo a nuestra nación y prohibiendo pagar tributo a César» (Lucas 23:2). Pero eso era justo lo contrario de lo que Jesús había enseñado (Lucas 20:22 y ss.). Luego añaden: «Amotina al pueblo, enseñando por toda Judea; y comenzando en Galilea, ha llegado hasta aquí» (Lucas 23:5). Estas acusaciones son tan falsas como los testimonios que se habían invocado contra Jesús ante el Sanedrín. Todo esto obedece a un plan concertado: ante el tribunal religioso le imputan crímenes religiosos, y ante el representante del emperador, políticos.

Sin embargo, aquí tampoco son sus acusaciones engañosas las que llevan a la condena de Jesús, sino el testimonio que él mismo da de la verdad. Invocan un tercer cargo, pues dice que: «Él mismo es Cristo, un rey». Pilato, refiriéndose por primera vez a sus palabras, le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos? Y Jesús le respondió: Tú lo dices» (Lucas 23:2-3; Mat. 27:11; Marcos 15:2; Juan 18:33). Defensor del poder

romano, el gobernador no podía tolerar que un ciudadano de este pueblo sometido se proclamara rey. El Señor no había dudado en reclamar su título de Hijo de Dios ante los principales sacerdotes; tampoco temía proclamar su realeza sobre Israel en presencia del gobernador romano.

Podría haber disipado fácilmente los temores de Pilato invocando sus enseñanzas y sus actos. ¿No había dicho a los judíos?: «Dad entonces a César lo que es de César» (Lucas 20:25). ¿No se había «retirado al monte, él solo», cuando querían llevarlo para hacerlo rey? (Juan 6:15). No, entre Roma y el Señor Jesús no había ningún conflicto, sino entre él e Israel, con respecto al cual no podía renunciar en ningún caso a sus prerrogativas reales. Debía dar testimonio de la verdad y dar «ante Poncio Pilato» la buena confesión (1 Tim. 6:13).

«Y los principales de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas» (Marcos 15:3). Si el Señor da testimonio de la verdad, no pronuncia una palabra para justificarse de las falsas acusaciones que los judíos hacen contra él. «¡Mira de cuántas cosas te están acusando!», le había preguntado el Sumo Sacerdote. «¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?», le dijo Pilato. «Pero no le respondió ni una sola palabra; de manera que el gobernador estaba muy asombrado» (Mat. 26:62; 27:13-14).

Pilato experimenta, frente a su prisionero, sentimientos que sin duda nunca había experimentado. Había reprimido duramente muchas revueltas. Había llegado a mezclar la sangre de los galileos con los sacrificios de ellos (Lucas 13:1), no había temido violar «mi lugar secreto; pues entrarán en él invasores y lo profanarán» (Ez. 7:22). Entonces, ¿qué significaba esta manifestación en la que los propios judíos acusaban a uno de sus conciudadanos, de quien él debe decir «a los jefes de los sacerdotes y a la multitud: Ningún delito encuentro en este hombre» (Lucas 23:4)? ¿Quién era entonces este acusado silencioso, tan diferente de los que habían comparecido ante él hasta entonces? ¿Se decía rey? «¿Eres tú el Rey de los judíos?» El romano, aunque poco propenso a emocionarse, se quedó asombrado y preocupado.

El Evangelio según Juan relata en detalle la notable conversación que tiene lugar entre el Hijo de Dios y el gobernador. Como los judíos no querían entrar en el pretorio, Pilato se encuentra solo, cara a cara con Jesús, el rey de los judíos, el Señor de gloria (Juan 18:33). ¡Qué memorable encuentro cara a cara para Pilato! Siempre lleno de gracia, el Señor se esfuerza por abrir su corazón a la verdad. Primero le pregunta: «: ¿Dices esto de ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Respondió Pilato: ¿Acaso soy yo judío? Tu misma nación y los principales sacerdotes te entregaron a mí» (Juan 18:34-35).

Pero ¿qué había hecho? Pilato, deseoso de aclarar las cosas, se lo pregunta a Jesús. «Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si lo fuera, entonces mis siervos pelearían para que yo no fuese entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí» (Juan 18:36). «*Mi reino no es de este mundo*» – ¡eso era todo lo que “había hecho”! ¡Ese era el verdadero motivo del odio de los hombres hacia él! Hoy, como entonces, el hombre quisiera hacer descender a Dios hasta él, pero no quiere dejarse llevar hasta Dios. Quiere recibir bendiciones de Dios, pero no está dispuesto a reconocer que es indigno de ellas y a ocupar el lugar que le corresponde, el de pecador perdido. Espera que Dios cumpla sus promesas, pero no quiere aceptar el juicio que Dios pronuncia sobre el pecador ni romper con el pecado. Como no podía haber comunión entre el hombre pecador y Dios, el reino prometido debía tomar una forma que no era «de este mundo», de lo contrario el mundo habría amado «como cosa suya» (Juan 15:19), y no habría rechazado al rey.

El Señor le muestra a este pagano el camino que podría llevarlo al conocimiento de la gracia revelada en Él. «Mi reino no es de este mundo» –ahí estaba el secreto de su Persona. El hecho de que sus siervos no hubieran luchado por él –incluso se lo había prohibido–, en otras palabras, el hecho de que compareciera voluntariamente ante Pilato era una prueba evidente de su misión sobrenatural. Si Pilato hubiera aspirado a algo más que a las vanidades del mundo, habría tenido la oportunidad –y Dios se la ofrecía– de encontrar la respuesta a sus necesidades, a la fuente misma de la felicidad.

Por un momento, parece que lo ha entendido, porque escucha con atención las palabras de Jesús. La segunda pregunta que le hace revela una sorpresa aún más profunda: «¿Así que tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey» (Juan 18:37). Entonces el Señor continúa revelándole el misterio de su Persona. Le habla de su nacimiento, de su venida a este mundo y del propósito de esta venida. «Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz».

Estas palabras son dignas de Aquel por quien vinieron «la gracia y la verdad» y que fue la perfecta revelación del Padre (Juan 1:17-18). La gracia se ofrece a todos los hombres. Se dirige tanto a la pecadora de Samaria como al respetable Nicodemo, tanto al humilde pescador de Galilea como al poderoso gobernador de Roma. Pero si se ofrece a todos, nunca es en detrimento de la verdad. Y «todo aquel que es de la verdad, oye su voz». Unos pocos la escucharon, como Natanael, «un verdadero israelita, en quien no había engaño» (Juan 1:47). Pero como la mayoría de la gente no era de la verdad, sino del «padre de mentiras» (el diablo), “la palabra del Señor

no tuvo entrada en ellos” y “no entendieron su lenguaje” ([Juan 8:37-47](#)).

¿Lo oyó Pilato? ¿Captó la gracia que se le ofrecía? ¡Ay! En lugar de aceptar la oferta del Salvador, se escuda en una evasiva: «¿Qué es la verdad?» ([Juan 18:38](#)). Esta pregunta manifiesta el estado de su corazón, y todo su comportamiento refleja este estado. «Y diciendo esto, salió otra vez a los judíos», dejando escapar así para siempre la oportunidad única que se le había ofrecido de venir a la luz.

9 - Herodes

([Lucas 23:6-12](#)).

Aunque Pilato no estaba dispuesto a abrir su corazón a la verdad, estaba convencido de la inocencia de Jesús y de la inutilidad de las acusaciones formuladas contra él. Por eso se esfuerza por deshacerse de este embarazoso asunto. Al mencionar Galilea, provincia en constante ebullición, los judíos esperaban determinar al gobernador a actuar de acuerdo con sus deseos. El resultado fue exactamente el contrario. «Al oír esto, Pilato preguntó si el hombre era galileo. Cuando supo que era de la jurisdicción de Herodes, se lo envió; porque Herodes estaba en Jerusalén en aquellos días» ([Lucas 23:6-7](#)).

Mientras Pilato era gobernador de Judea, Herodes reinaba bajo la sujeción de Roma, con el título de tetrarca, sobre Galilea (*). Fue él quien hizo decapitar a Juan el Bautista. Los Evangelios lo mencionan en varias ocasiones dándole el título de rey. En [Lucas 13:32](#), el Señor lo llama «ese zorro», sin duda porque Herodes había hecho correr el rumor de que lo mataría, una astucia con la que pensaba mantenerlo alejado de Jerusalén. Ningún pasaje confirma que realmente tuviera la intención de llevar a cabo su amenaza, ni tampoco el pasaje que ahora nos ocupa.

(*) Herodes Antipas, nombre con el que entró en la historia, era hijo de Herodes el Grande, quien ordenó la matanza de los niños de Belén ([Mat. 2](#)). A la muerte de este último, Palestina se subdividió en 4 provincias. Pero poco después, en el año 6 de nuestra era, uno de los tetrarcas, Arquelao de Judea ([Mat. 2:22](#)), fue reemplazado por un gobernador (o procurador) romano con sede en Cesarea. Poncio Pilato ocupaba este cargo desde el año 26 de nuestra era.

Era un hombre que vivía en pecado, frívolo y sin escrúpulos, y solo su curiosidad determinó su comportamiento hacia el Señor Jesús durante la única conversación que tuvo con él. «Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró mucho; pues hacía tiempo que deseaba verlo; porque había oído hablar de él y esperaba que hiciese algún milagro» (Lucas 23:8). «Se alegró mucho»; estas palabras muestran hasta qué grado de indiferencia puede llegar el corazón humano. De hecho, el aspecto del «varón de dolores» no podía hacer que se alegrara nadie que aún tuviera el más mínimo sentimiento de humanidad.

¡Qué solicitud había manifestado Dios hacia este Herodes! Primero le había enviado a Juan el Bautista; este le había hecho oír la verdad a menudo, reprendiéndole «por todas las maldades que había cometido» y a las que añadió: «Encerró a Juan en la cárcel», a instancias de Herodías (Lucas 3:19-20). Pero «sabiendo que era un hombre justo y santo, temía a Juan... y, cuando le oía se quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba con gusto». Por lo tanto, se sintió «muy triste» cuando, obligado a seguir hasta el final el camino del mal en el que se había embarcado, no tuvo más remedio que hacer morir al fiel testigo que no había dejado de advertirle (Marcos 6:19-20, 26).

Por eso su conciencia le atormentaba y «estaba muy perplejo» cuando «oyó la fama de Jesús». Dijo a sus criados: «Este es Juan el Bautista; él ha resucitado de entre los muertos; por eso obran en él estos poderes milagrosos» (Lucas 9:7 y ss.; Mat. 14:1-2). Se hablaba de Jesús incluso entre sus allegados. Leemos en Lucas 8:3 que «Juana, mujer de Chuzas, mayordomo de Herodes», habiendo sido sanada por el Señor Jesús, lo seguía y le servía. Un hermano prominente de la asamblea de Antioquía, Manaén, había sido alimentado (y probablemente criado) con él (Hec. 13:1). Pero la semilla que había sido sembrada en el corazón de Herodes había sido ahogada por las espinas, y las «codicias de otras cosas» (Marcos 4:19) habían impedido que la Palabra divina obrara una obra profunda en él.

Ya durante el ministerio de Jesús, «deseaba verlo» (Lucas 9:9), y acabamos de leer que «hacía tiempo que deseaba verlo; porque había oído hablar de él» (23:8). ¿Por qué? Porque «esperaba que hiciese algún milagro». Su extravío era tal que pensaba encontrar en Jesús algún taumaturgo capaz de satisfacer su inagotable necesidad de distracción.

Ceder un poco a tales motivos habría sido indigno de Aquel que, aunque humillado, seguía siendo constantemente él mismo. «Lo interrogó sin tregua, pero él no le respondió nada» (Lucas 23:9), sin importar las nuevas ofensas que este silencio le

acarrear y la ira de los «principales sacerdotes y escribas» que lo acusaban «con ímpetu». «Herodes con sus soldados lo trató con desprecio y, burlándose de él, le puso una ropa espléndida y lo volvió a enviar a Pilato» (v. 10-11). Todos se unían en sus ultrajes: «Herodes con sus soldados», así como «Herodes y Pilato se hicieron amigos ese día» (v. 12). ¡Ay! El odio contra Dios parece unir a los hombres con un vínculo más poderoso que el amor que ha puesto en el corazón de los suyos.

La «ropa espléndida» con la que, al parecer, Herodes vistió al Señor Jesús, lo llevaban aquellos que aspiraban a un alto cargo público. Con este gesto, Herodes quería, por tanto, burlarse del Señor Jesús y, además, corroborar la acusación de los judíos que habían declarado: «Diciendo que él mismo es Cristo, un rey». Ahora bien, el Señor no “aspiró” al reinado: poseía prerrogativas divinas que no podía negar. Tenía el poder de reclamarlas sin demora, pero esperó, y espera hoy en su gracia «hasta que entre la plenitud de los gentiles» (Rom. 11:25). Entonces volverá a esta tierra «con poder y gran gloria» (Lucas 21:27). Entonces ya no será «el abominado de las naciones, al siervo de los tiranos», sino «verán reyes, y se levantarán príncipes, y adorarán por Jehová» (Is. 49:7). «He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto. Como se asombraron de ti muchos... así asombrará él a muchas naciones». Si soportó en silencio las burlas del rey Herodes, entonces «los reyes cerrarán ante él la boca» (Is. 52:13 y ss.). Cuanto más nos esforcemos por seguirlo, por fe, en las profundidades de su humillación, más nos regocijaremos al pensar que, pronto, seremos, con todos sus redimidos, testigos de su glorioso triunfo.

10 - ¿Barrabás o Jesús?

(Mat. 27:15-26; Marcos 15:6-15; Lucas 23:13-25; Juan 18:39, 40).

La lucha entre la oscuridad y la luz, de la que somos testigos, confirma la verdad enunciada al principio del Evangelio según Juan: «La luz verdadera, es la que, viniendo al mundo, alumbra a todo hombre» (Juan 1:9). Ya sea Judas o los demás discípulos, los principales sacerdotes, los ancianos, los escribas y el Sanedrín en su totalidad, o Pilato y Herodes, o, como veremos, el pueblo judío, todos manifiestan el verdadero estado de su corazón cuando se ven expuestos a los rayos de la «luz verdadera».

Cuando Pilato sale del pretorio, un rumor ensordecedor golpea sus oídos. «La mul-

titud vino y comenzó a pedirle [que hiciera] como solía hacer» (Marcos 15:6-8). De hecho, «en cada fiesta les liberaba al preso que ellos pedían». Ahora bien, además del Señor Jesús, estaba Barrabás, «encarcelado con sus compañeros de sedición, los cuales en la revuelta habían cometido un homicidio». ¿A favor de cuál de los 2 prisioneros iba a invocar el pueblo la gracia del gobernador? En cuanto a Pilato, esta costumbre le proporcionaría la escapatoria deseada; al menos eso esperaba (Lucas 23:17).

«Pilato entonces, convocando a los jefes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: Me trajisteis a este hombre como amotinador del pueblo; y yo, examinándolo ante vosotros, no he encontrado en él ningún crimen de los que lo acusáis; ni Herodes tampoco; porque él nos lo ha vuelto a enviar; y mirad, no ha cometido nada digno de muerte» (Lucas 23:13-15). Como ya había declarado anteriormente (v. 4), estaba convencido de la inocencia de Jesús. Herodes, también, había demostrado, por la forma en que lo había enviado a Pilato, que consideraba a este supuesto “rival” como absolutamente inofensivo e insignificante. Por eso Pilato temía quedar en ridículo al condenar a un hombre así. A los judíos les dijo: «Lo castigaré y lo dejaré libre» (v. 16).

Contaba, para determinar a la muchedumbre a que se inclinase, con la autoridad que se le atribuye a su función, así como con el apoyo de los numerosos partidarios de Jesús. Fue precisamente el éxito de Jesús entre las multitudes lo que provocó los celos de los líderes del pueblo. «Pues, sabía que por envidia lo habían entregado» (Mat. 27:18). Con la esperanza de dividir los espíritus, preguntó: «¿Queréis, pues, que os libere al Rey de los judíos? [...] ¿A quién queréis que os suelte?, ¿a Barrabás, o a Jesús, que es llamado Cristo?» (Juan 18:39; Mat. 27:17).

Nunca ningún pueblo había tenido ni tendrá en el futuro que tomar una decisión así. Este momento marcó, por tanto, un punto de inflexión en la historia de la humanidad: ¿se pronunciaría a favor o en contra de Cristo? Cuando los principales sacerdotes y los ancianos fueron llamados a decidir el destino de Jesús, no había duda de que llevarían hasta el final sus criminales propósitos. Del mismo modo, no es muy sorprendente que Pilato y Herodes, estos 2 potentados sin conciencia, despreciaran los derechos más sagrados de la persona. Pero ahora, el pueblo mismo –*su propio* pueblo–, ¿a cuál de los 2 prisioneros elegirá?

Dado que la decisión era, humanamente hablando, todavía tan dudosa, ¿no debería esperarse que fuera favorable al despreciado Nazareno? Desde el comienzo de su ministerio, grandes multitudes no habían dejado de seguirlo, de todas las regiones

del país (Mat. 4:25; 8:1; 19:2, etc.). La gente se agolpaba tanto a su alrededor «que se pisaban unos a otros»; «se le echaban encima... para escuchar la palabra de Dios»; «iban y venían», de modo que Jesús y sus discípulos «no tenían tiempo para comer»; Jesús apenas podía retirarse a un lugar apartado, porque «las multitudes lo buscaban; venían a él y procuraban detenerlo, para que no se apartara de ellos» (Marcos 1:37, 45; 2:2; 3:9-10, 20; 5:24, 31; 6:31 y ss., 54 y ss.; Lucas 4:42; 5:1; 12:1; etc.).

¡Con cuánto amor atendía a sus necesidades! ¡Cuántas veces leemos que se conmovía de compasión por ellos (Mat. 9:36; 15:32; etc.)! Los enseñaba, alimentaba, curaba a los enfermos y a los débiles, y liberaba a «todos aquellos que el diablo había esclavizado a su poder». ¿No habían tocado todos estos beneficios el corazón del pueblo? ¡Claro que sí! Leemos, de hecho: «Y la multitud le oía con gusto... Todos le daban testimonio... Las multitudes se maravillaban de su doctrina... Glorificaban a Dios... diciendo: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel» (Marcos 12:37; Lucas 4:22; Mat. 7:28-29; 9:8, 33; 15:30-31). Sí, el pueblo reconocía que este era «verdaderamente el Profeta que había de venir al mundo», y querían «hacerlo rey» (Juan 6:14-15).

¡Qué imponente cortejo atraviesa un día Jericó, subiendo a Jerusalén, para ir a la fiesta! (Marcos 10:46; Lucas 19:3). ¡Qué entrada tan solemne hizo en la ciudad santa! «Una inmensa muchedumbre extendía sus mantos en el camino... La multitud que iba delante, y la que le seguía, le aclamaban, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del SEÑOR! ¡Hosanna en las alturas!» (Mat. 21:8 y ss.; Juan 12:12 y ss.). «Se conmovió toda la ciudad» y salió a su encuentro. Es comprensible que los principales sacerdotes y los fariseos temieran a la multitud y dijeran entre ellos: «Veis que nada ganáis. ¡Mirad!, el mundo se va tras él» (Juan 12:19; Marcos 12:12; 14:2; Lucas 22:2).

La pregunta de Pilato parece provocar cierta vacilación entre la multitud. Pero antes de que respondan, Dios les concede un momento para reflexionar. He aquí que le entregan a Pilato un mensaje de parte de su esposa, que dice: «No tengas nada que ver con ese justo; porque mucho he padecido hoy en sueños a causa de él» (Mat. 27:19). Los principales sacerdotes y los ancianos, siempre listos para contraatacar, aprovecharon este momento de tregua. «Persuadieron al pueblo para que pidiesen a Barrabás», «persuadieron al pueblo para que pidiesen a Barrabás, e hicieran morir a Jesús» (Marcos 15:11; Mat. 27:20). «Pueblo mío, los que te guían te engañan, y tuercen el curso de tus caminos» (Is. 3:12). «Barrabás» antes –¿se puede encontrar una palabra que defina mejor el estado moral de los líderes de Israel? Pero el pueblo se mostró digno de sus líderes.

Se sabe que se necesita poco para que una multitud reaccione de una manera u otra. Lo mismo ocurrió ese día. Y cuando Pilato, impresionado por el sueño de su esposa y fortalecido en su intención, vuelve a hacer la misma pregunta a la multitud, se eleva hacia él un grito unánime, un grito de odio que aumenta su perplejidad: «Pero todos juntos gritaron: ¡Quita a este, y deja en libertad a Barrabás!» ([Lucas 23:18](#); [Juan 18:40](#)). Con una precisión despiadada, la Palabra constata la unanimidad de todo el pueblo en el rechazo de Jesús, su Mesías, el Hijo de Dios.

«¡No a este, sino a Barrabás! Y Barrabás era un malhechor». Esto es todo lo que Juan declara sobre aquel a quien el pueblo acaba de elegir; pero es suficiente. Los otros Evangelios completan el cuadro precisando que había cometido un asesinato durante una revuelta organizada y ejecutada con la complicidad de varios otros malhechores. De este modo se había hecho muy famoso, como se puede comprobar en casos similares aún hoy en día; era «un preso famoso» ([Mat. 27:16](#); [Marcos 15:7](#); [Lucas 23:19, 25](#)). De su nombre –«hijo del padre»– emana cierta ironía diabólica, como si Satanás hubiera querido oponer al «Hijo único del Padre» la imagen deformada de un Barrabás. Y como los judíos tenían por padre «al diablo», seguían «los deseos de vuestro padre» ([Juan 8:44](#)). Una vez más, la gente amó “lo que era suyo”. Pidieron «que se liberara aun homicida» y «negasteis al Santo y Justo... ante Pilato, cuando él había decidido soltarlo» ([Hec. 3:13-14](#)).

Una vez que se embarcó en este camino, el pueblo dio rienda suelta a su furia sanguinaria contra el Hombre silencioso, su víctima inocente. «Les dijo Pilato: ¿Qué haré, pues, de Jesús, llamado Cristo?» ([Mat. 27:22](#)). ¡Desdichado Pilato! Sufre el triste destino de todos aquellos que rechazan la gracia ofrecida por Dios: no saben qué hacer con Jesús. «Pero ellos gritaban: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» ([Lucas 23:21](#)). Pilato hace un último intento, ciertamente tímido para un hombre revestido de tal poder y responsabilidad: «Pero ¿qué mal ha hecho? ¡Nada que merezca la muerte he encontrado en él; lo castigaré y lo liberaré!» (v. 22). Pero los débiles impulsos humanitarios que aún persistían en él se vieron abrumados por la ola de odio que se extendía hasta las escaleras de su tribunal. «Pero ellos gritaban más fuerte... Insistían a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado; y sus voces y las de los principales sacerdotes prevalecieron» ([Mat. 27:23](#); [Lucas 23:23](#)).

El curso de los acontecimientos alcanza de nuevo un punto culminante. Esta furia ciega, este torbellino de gritos de odio, estas pasiones desatadas, esta oleada de violencia se alzaban contra Aquel a quien Dios había enviado a la tierra para salvar a los hombres perdidos. ¿No tenía también derechos que invocar sobre «su viña», sobre este pueblo? ¿Con qué perseverante solicitud se había ocupado de él! Por des-

gracia, todos sus cuidados habían sido en vano. «Tenía aún un único amado hijo; a este les envió, el último, diciendo: Respetarán a mi hijo» (Marcos 12:6). ¡Pero qué amarga decepción! No le tuvieron ningún respeto, la perfecta revelación de su amor, y manifestaron toda la infamia que llenaba su corazón. ¡Qué triste estado es el del hombre natural! Los que pocos días antes habían gritado: «¡Hosanna!», gritaban hoy: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Su entusiasmo desbordante se había convertido en una rabia asesina. Sin embargo, nada justificaba tal cambio de actitud. ¿Qué mal había hecho? Pilato mismo se hace esta pregunta. En 7 ocasiones, él, el pagano sin escrúpulo atestigua ante todo el pueblo –el pueblo de Dios– que aquel a quien acusan de crímenes dignos de muerte es completamente inocente (*).

(*) Dios, que tantas veces había dado testimonio, desde lo alto de los cielos, de su amado Hijo, permanece en silencio (sabemos por qué) durante esas horas trágicas. Pero se asegura de que la inocencia del Señor sea atestiguada en 11 ocasiones por los hombres, durante su pasión (Judas, Mat. 27:4; Pilato, Lucas 23:4, 14-15, 22; Juan 19:4, 6; Mat. 27:24; la mujer de Pilato, Mat. 27:19; el malhechor y el centurión, Lucas 23:41, 47).

Vencido, desamparado, Pilato cede. «Al ver Pilato que nada ganaba...» Estas palabras ponen de manifiesto su debilidad de carácter. «... Sino que se estaba organizando un tumulto» (Mat. 27:24), lo que podría costarle su puesto. Hombre pusilánime, quiere «satisfacer al pueblo» (Marcos 15:15). Por lo tanto, «Pilato sentenció que se hiciera lo que pedían» (Lucas 23:24). Luego «tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este; vosotros veréis». Este gesto, que no hacía más que confirmar su cobardía, provocó la horrible maldición del pueblo, que muestra hasta qué grado de infamia lo había llevado Satanás. «Todo el pueblo respondiendo, dijo: ¡Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!» (Mat. 27:24-25). Dios, que escucha nuestras palabras y nos toma la palabra, concedió a Israel otro plazo de 40 años para arrepentirse y creer en el Evangelio. Los que perseveraron en su impenitencia, sufrieron la maldición que ellos mismos habían invocado sobre sus cabezas (*). Incluso hoy en día, este pueblo desafortunado y cegado permanece bajo esta maldición, hasta que los terribles juicios de la gran tribulación que «su tiempo es ya cumplido» (Mat. 24:9 y ss.; Is. 40:2).

«Les soltó a Barrabás... Liberó al que por insurrección y homicidio había sido encarcelado... a Jesús lo entregó a la voluntad de ellos» (Mat. 27:26; Lucas 23:25).

(*) Los romanos mataron a un 1.000.000 de judíos durante la destrucción de Jerusalén en el año 70.

11 - «¡He aquí el hombre!»

(*Mat. 27:26-30; Marcos 15:15-19; Juan 19:1-6*).

En el mismo momento en que Barrabás, el malhechor, fue liberado, Jesús, cuya inocencia acababa de proclamar solemnemente el más alto magistrado del país, fue entregado a los verdugos. «Pilato tomó entonces a Jesús y mandó que o azotaran» (*Juan 19:1*). La pluma inspirada de los evangelistas se niega a transcribir otra cosa que no sea el hecho en su rigurosa sobriedad. Pero el salmista nos dice: «Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos» (*Sal. 129:3*) (*). El Señor, al anunciar sus sufrimientos a los discípulos, menciona especialmente la flagelación, lo que demuestra lo sensible que era a esta vergonzosa y dolorosa tortura.

(*) A las tiras del látigo se les añadían trozos de plomo o incluso fuertes púas. La flagelación a menudo provocaba el desmayo y la muerte del torturado. En caso de crucifixión, solo se infligía a los condenados que habían cometido crímenes especialmente graves.

Pero eso no es todo. Después de haber sido expuesto, fuera del pretorio, al odio y desprecio de *su pueblo*, el Señor iba a sufrir, dentro del tribunal, otras vejaciones por parte de los *soldados romanos*. «Entonces los soldados del gobernador, llevando a Jesús al pretorio, reunieron contra él a *toda la cohorte*» (*Mat. 27:27*). ¡Cuán perverso es el corazón del hombre! Parece que disfruta haciendo sufrir especialmente a los seres indefensos. «Sus obras son obras de iniquidad, y obra de rapiña está en sus manos. Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente... no hay justicia en sus caminos; sus veredas son torcidas; cualquiera que por ellas fuere, no conocerá paz» (*Is. 59:6-8*). El Hijo de Dios también experimentó esto dolorosamente cuando, por amor, caminó por los caminos de los hombres.

«Y desnudándolo, le pusieron un manto de púrpura por encima» –y a esta vestimenta, con la que ridiculizaban la dignidad real de su víctima, le añaden una corona de espinas y una caña en su mano derecha, a modo de cetro. Luego, doblando las ro-

dillas ante él, se burlan de él, diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!» mientras le dan bofetadas (Mat. 27:28-29; Juan 19:3). La violencia de la noche anterior se repite. La maldad y la brutalidad de los soldados paganos no son en absoluto inferiores a las de los principales sacerdotes y sus sirvientes. La bajeza y la cobardía de sus actos saltan a la vista, sobre todo porque se dirigían a un hombre indefenso que renunciaba voluntariamente a toda resistencia.

De hecho, ¿levantó el Señor Jesús la mano para desviar los golpes? ¿Pronunció una palabra de poder? Sin embargo, ¿no había llegado el momento de llamar a «más de 12 legiones de ángeles» contra «toda la cohorte»? ¡Pero no! Él, que al comienzo de este doloroso camino había hecho retroceder y caer a tierra a sus adversarios con una sola palabra, prefirió sufrir todas las ofensas antes que apartarse del camino de la obediencia a su Padre. «Él mismo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte» (Fil. 2:8). Su paciencia tuvo «su obra completa» (Sant. 1:4). Jefe de la fe, también llegó a ser su cumplidor, «quien, por el gozo puesto delante de él, soportó la cruz, despreciando la vergüenza» (Hebr. 12:2).

El propio gobernador pagano, convencido de la inocencia de su prisionero, pero demasiado cobarde para actuar de acuerdo con esta convicción, no puede evitar la profunda impresión que le producen la inquebrantable firmeza del Señor y la dignidad con la que soportaba todos los ultrajes. Pilato, en un último intento, sale una vez más. ¿Sería posible poner fin a esta cruel escena? ¿Renunciaría el pueblo finalmente a pedir la muerte de Jesús? Él les dijo: «He aquí, os lo traigo para que sepáis que ningún crimen hallo en él. Salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura» (Juan 19:4-5).

«He aquí, os lo traigo...» – «Salió Jesús...». ¿Somos sensibles a la conmovedora expresión de la Palabra inspirada? ¿Habríamos podido, en tal situación, actuar como el Señor? ¿No nos habría quebrantado más bien el horror de lo que acababa de suceder? ¿No nos habríamos negado a ser ofrecidos como espectáculo, en una condición tan humillante? El Señor Jesús no actúa así. «Yo, como si fuera sordo, no oigo; y soy como mudo que no abre la boca» (Sal. 38:13), salió Jesús llevando la corona de espinas y la ropa de púrpura. En este estado, Pilato lo presenta a la multitud, diciendo: «¡He aquí el hombre!» (v. 5). Esta escena es una de las más conmovedoras de este relato. ¡He aquí el hombre! Queridos lectores, ¿se han detenido alguna vez ante Aquel que fue designado de esta manera?

Sí, *era un hombre* el que estaba allí, pero no un hombre como nosotros. Se habían derramado ríos de sangre sobre la tierra desde que el pecado la había puesto bajo

maldición, pero las “figuras” y las “sombras” no habían podido quitar esa maldición, ni cambiar el estado del hombre caído lejos de Dios. Era imposible que la sangre de toros y machos cabríos quitara los pecados (Hebr. 10:1-4). El hombre no podía encontrar el camino al paraíso perdido. No se había tendido ningún puente sobre el abismo que lo separaba de su Creador. El estado del hombre era desesperado.

Fue entonces cuando resonó la gloriosa declaración: «He aquí que vengo, en el rollo del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad, oh Dios» (Hebr. 10:7), es decir, para llevar a cabo una redención perfecta y eterna. «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos» y participar como ellos en «sangre y carne» (Hebr. 2:14 y ss.). «Sí mismo se despojó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejanza a los hombres» (Fil. 2:7), ¡e incluso «en semejanza de carne de pecado» (Rom. 8:3)!

*Amor imposible de comprender
El Hijo de Dios, el Creador,
hacia nosotros, pecadores, quiso descender
con los rasgos del verdadero servidor.*

(Himnos y Cánticos en francés, 175, 2)

Pero su humillación no se limitó a venir aquí abajo. Haciéndose hombre, «sí mismo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8).

*Este gran amor que se humilla,
Aún más abajo descendió.
El Hijo del hombre ofrece su vida
Y muere por un mundo perdido.*

(Himnos y Cánticos en francés, 175, 3)

¡He aquí el hombre! Es a este hombre de quien se decía de las naciones: «Los quebrantarás con vara de hierro; como vasija de alfarero los desmenuzarás» (Sal. 2:9). Ahora bien, ¿qué tenía en la mano? Una caña, un tallo tan débil que no se puede apoyar en él, y con el que sus enemigos le golpeaban la cabeza. Cuando aparezca en gloria, estará revestido de «Se vistió de magnificencia; Jehová se vistió, se ciñó de poder» (Sal. 93:1; 45:3), y tendrá escrito en su manto un nombre: «Rey de reyes y Señor de señores» (Apoc. 19:16). ¿Qué vestimenta llevaba entonces? En lugar de la púrpura real, se le había arrojado sobre los hombros, en señal de burla, el manto sucio de un soldado (*). El día en que el mundo lo vuelva a ver, llevará varias diademas (Apoc. 19:12), una corona de oro fino (Sal. 21:3). Pero entonces los hombres

le habían trenzado una corona de espinas, recordando la maldición con la que Dios había golpeado la tierra después de la caída del hombre (Gén. 3:18). «Cristo nos redimió de la maldición..., hecho maldición por nosotros» (Gál. 3:13). Un día, de su boca saldrá una espada afilada de 2 filos (Apoc. 19:15); pero entonces guardó silencio. «Soy, pues, como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay reprensiones» (Sal. 38:14). Un día, su rostro será como el sol cuando brilla con fuerza (Apoc. 1:16); pero entonces «fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres» (Is. 52:14).

(*) Leemos en Mateo 27:28: «Le pusieron un manto de púrpura por encima (una clámide, un manto de soldado)». En Marcos y Juan se habla de una vestimenta de púrpura. El escarlata evoca el color de la sangre, mientras que el púrpura expresa la gloria real.

Sí, *he aquí el varón*, «varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro», un hombre despreciado y por quien nadie tuvo estima (Is. 53:3). Oímos la queja de su alma dirigida a Dios: «Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio; delante de ti están todos mis adversarios. El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado» (Sal. 69:19-20).

He aquí el hombre. ¿Qué respuesta le darán los jefes del pueblo a Pilato, en presencia del Hombre perfecto, pero quebrantado y humillado? «Cuando lo vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, gritaron, diciendo: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» (Juan 19:6). Una vez más, los jefes del pueblo y sus secuaces previenen cualquier movimiento de compasión que pudiera manifestarse entre la multitud. «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» Esa fue su respuesta. ¡Qué sufrimiento para el corazón del Señor! Así se cumplió esta palabra infinita de tristeza y sufrimiento solitario: «Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé» (Sal. 69:20).

12 - «¡He aquí a vuestro Rey!»

(Juan 19:6-16).

La perplejidad de Pilato está a su punto álgido. Hasta ahora, los judíos habían defendido a sus conciudadanos que comparecían ante él. Hoy ocurre lo contrario: él está convencido de la inocencia del acusado y ellos exigen su condena a muerte. No les oculta su profundo desdén: «Tomadlo vosotros, y crucificadlo [les dijo], porque yo

no hallo en él ningún crimen» (Juan 19:6). Ellos pretendían que no se les permitía matar a nadie (*) (Juan 18:31). Ante la oposición de Pilato, finalmente se quitan la máscara y, renunciando a sus acusaciones políticas, declaran: «Tenemos una Ley, y conforme a nuestra Ley él debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios» (Juan 19:7).

(*) No se preocuparon tanto de los escrúpulos cuando, más tarde, apedrearon a Esteban (Hec. 7).

¿Hijo de Dios? Es la primera vez que el gobernador oye esta expresión. «Cuando Pilato oyó esta palabra, tuvo más miedo; y entrando otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú?» (Juan 19:8-9). El sueño de su esposa sin duda le viene a la memoria. La postura llena de dignidad soberana del Señor es imponente. Uno de los dioses, «en semejanza de hombres», ¿habría descendido a ellos? (vean Hec. 14:11). Lo había tratado sin miramientos y sus soldados lo habían ultrajado violentamente. Atrapado por el miedo, está decidido a no ir más lejos.

Atrapado entre sus miedos supersticiosos y los reproches de su conciencia, entre su temor a los hombres y el miedo a la verdad, no sabe qué camino tomar. Si hubiera amado la verdad, se le habría ofrecido una última oportunidad de postrarse ante el Hijo de Dios y suplicarle perdón. Pero era «un hombre de ánimo doble, inconstante en todos sus caminos». Al negarse a creer en la verdad, era «como la ola del mar, llevada por el viento y zarandeada. No piense, pues, tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Sant. 1:6 y ss.). También leemos: «Jesús no le dio ninguna respuesta» (Juan 19:9).

¿Hería este silencio su orgullo, o esperaba descubrir, con sus preguntas, el secreto de este hombre misterioso? Pilato le dijo: «¿No me contestas? ¿No sabes que tengo autoridad para liberarte y tengo autoridad para crucificarte?» (Juan 19:10). ¡Qué error! Ni las amenazas ni los discursos lograrán asustar o desviar de su camino a Aquel que no temía ni a los hombres ni a la muerte. Era el «Autor de la vida» el que estaba ante Pilato (Hec. 3:15). Era Aquel que había dicho: «Nadie me la quita, sino que la pongo de mí mismo. Tengo poder para darla y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10:18). La respuesta del Señor llega, llena de dignidad y dulzura a la vez: «No tendrían ninguna autoridad sobre mí, si no te hubiera sida dada de arriba; por eso el que me entregó a ti tiene mayor pecado» (Juan 19:11).

¡Pobre Pilato! Aunque Dios había puesto en sus manos «la espada contra el pastor»,

el cuchillo contra su amado Hijo ([Zac. 13:7](#); [Gén. 22:10](#)), su responsabilidad seguía siendo total. Sin embargo, «el Juez de toda la tierra» haría «lo que es justo» ([Gén. 18:25](#)). La gracia brilla a través del juicio. El Sumo Sacerdote que había entregado a Jesús a Pilato, y el mismo Pilato, recibirán cada uno un juicio justo. Todo esto no hace más que acentuar la confusión del gobernador, que desearía salvar a Jesús de la muerte. «Desde entonces Pilato procuraba liberarlo» ([Juan 19:12](#)).

Pero la multitud no lo ve así: ¡conoce demasiado bien a sus amos para admitir su derrota! Los judíos, retomando sus primeras acusaciones, exclamaron: «¡Si tú liberas a este, no eres amigo de César! ¡todo aquel que se hace rey, está contra César» ([Juan 19:12](#)). De este modo, envuelven al gobernador en sus redes: comprometerse a los ojos del emperador, eso es algo que Pilato no quería arriesgar (*). Así terminan estos debates, en los que la cobardía del juez rivaliza con su desprecio por la justicia.

(*) La historia describe al emperador Tiberio como un soberano cruel, que ejecutaba sin piedad, ante sus ojos, a aquellos que habían caído en desgracia.

«Cuando Pilato oyó estas palabras, sacó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal, en el sitio llamado Enlosado, y en hebreo, Gabata» ([Juan 19:13](#)). Toma, solemnemente, el lugar de juez supremo para pronunciar su veredicto. Con no menos solemnidad, el Espíritu Santo toma nota del lugar, día y hora en que se dictó este juicio. Ocultando su cobardía bajo palabras hirientes, Pilato se dirige al pueblo con palabras llenas de desprecio: «¡He aquí a vuestro Rey! ¿A vuestro Rey crucificaré?» ([Juan 19:14-15](#)). Una vez más, los judíos inclinan la cabeza ante la afrenta. Llegando a negar la existencia de su Mesías nacional, exclamaron: «No tenemos más rey que César». Los soldados despojaron a Jesús del manto de púrpura y lo vistieron con sus propias ropas... Entonces Pilato lo entregó a ellos para que fuera crucificado» ([Marcos 15:20](#); [Juan 19:16](#)). Se acerca la hora del suplicio...

Echemos otro vistazo retrospectivo a esta escena. Pilato, el pueblo, Jesús: esos son los protagonistas.

Pilato, el gobernador pagano, era consciente hasta cierto punto de la gravedad de los acontecimientos y del misterio divino que rodeaba a la persona de su prisionero. Desafortunadamente, ávido de honores y popularidad, no pudo decidirse por Cristo mientras aún estaba a tiempo. Se le puede aplicar esta palabra del Señor: «¿Qué aprovechará a un hombre si gana todo el mundo, pero pierde su alma?» ([Mat. 16:26](#)). El favor del emperador al que sacrificó al Señor Jesús y su propia alma, solo tenía valor para esta tierra; además, perdería esta gracia unos años más tarde (*).

(*) En el año 36, unos 3 años después de la muerte de Jesús, Pilato cayó en desgracia y murió de muerte violenta (suicidio o condenado a la pena capital).

Pero la responsabilidad del pueblo judío es más pesada que la de este desafortunado. «He aquí a vuestro rey», le había dicho Pilato. Y era cierto. Cegado por su odio, el pueblo respondió: «No tenemos más rey que César». Ya en la parábola habían dicho: «No queremos que este reine sobre nosotros» (Lucas 19:14). Pero mucho antes, cuando el pueblo aún estaba en el desierto, Jehová había dicho del pueblo: «¿Hasta cuándo no me creerán, con todas las señales que he hecho en medio de ellos?» (Núm. 14:11). Fue «muchas veces y de diversas maneras» (1:1) que Dios le había hablado por medio de los profetas, «enviándolos desde temprano y sin cesar» (Jer. 7:25), «mas no quisieron oír» (Is. 28:12). «No quisieron andar en sus caminos», ni «oyeron su ley», ni estar atentos «al sonido de la trompeta» (Is. 42:24; Jer. 2:20; 6:16-17). «Al final de estos días», les habló «en [el] Hijo» (Hebr. 1:2). Pero “no quisieron venir a él” (Juan 5:40). El Padre preparó un banquete para sus hijos, pero «el hijo mayor», figura de Israel, «no quiso entrar» (Lucas 15:28). Se aferraron al engaño y se negaron a volver. «Este fue tu camino desde tu juventud», tal ha sido su «rebel-día perpetua» de este pueblo rebelde (Jer. 8:5; 22:21). Cuán conmovedoras son las palabras del Señor Jesús, dirigidas a Jerusalén: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te han sido enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!» (Mat. 23:37). Él sí lo quiso; ¡pero ellos no! Y si, en su rebelión, «endurecieron sus rostros más que la piedra», él, por amor, puso «su rostro como un pedernal», para salvar primero a algunos, y luego, en los tiempos del fin, a «todo Israel» (Jer. 5:3; Is. 50:7; Rom. 11:26).

Por encima de Pilato y del pueblo, se eleva muy alto, en una soledad llena de majestuosidad, la persona de Cristo, el único que, ante este tribunal, era inocente. En ningún momento se somete al deseo del hombre, sino que se somete aún más al de Dios. Del camino recorrido por el Hombre obediente, camino que lo condujo «a la muerte, y muerte de cruz», se elevó constantemente hasta Dios un «olor fragante» (Fil. 2:8; Efe. 5:2).

13 - Fuera del campamento

(*Hebr. 13:12-13; Juan 19:16-17*).

«Tomaron a Jesús y se lo llevaron. Él, llevando la cruz» (*Juan 19:16-17*). Muchos creyentes a lo largo de los siglos se han detenido, con el corazón oprimido, ante esta escena. Poco antes, oímos a Pilato decirle al pueblo: «He aquí, os lo traigo... Salió Jesús llevando la corona» (*Juan 19:4-5*). Entonces llevaba la corona de espinas y el manto de púrpura; ahora lleva la cruz.

Aparentemente, son los hombres los que actúan e imponen su voluntad, pero la Palabra declara: «Él, llevando la cruz, salió...». No hubo necesidad de coacción; en ningún momento flaquearon sus fuerzas físicas o morales. «Él, llevando la cruz, salió», dominando soberanamente a los hombres y a los acontecimientos, en el poder de un espíritu totalmente sometido a Dios.

El relato de los Evangelios sinópticos no cambia este hecho. «Lo condujeron fuera para crucificarle... Y obligaron a uno que pasaba, Simón Cireneo, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que llevara su cruz» (*Mat. 27:31-32; Marcos 15:20-21; Lucas 23:26-32*). Algunos piensan que los soldados actuaron de esa manera porque habrían notado signos de fatiga en el Señor Jesús, o que incluso se habría doblado bajo el peso. La Palabra no menciona ningún hecho que pueda invocarse en apoyo de tales suposiciones.

Ciertamente, el Señor Jesús, hombre perfecto, sufría intensamente, pero lo que sentía no lo expresaba ante los hombres, sino solo ante Dios, como se desprende de los Profetas y los Salmos. Era «Dios manifestado en carne». Pero no podemos sondear el misterio de la encarnación. «Nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (*Mat. 11:27*). No nos corresponde mirar en el arca. ¡Que lo que les sucedió a los hombres de Betsemes nos sirva de advertencia (*1 Sam. 6:19* y ss.)!

Una cosa es cierta: Jesús llevó su cruz y la habría llevado hasta el Gólgota si los soldados no hubieran obligado a Simón a hacerlo. Más tarde, cuando estaba en la cruz, llevó una carga mucho más pesada: la de nuestros pecados, y nadie pudo cargarla. «Mis iniquidades... como carga pesada se han agravado sobre mí» (*Sal. 38:4*).

Simón de Cirene (*) era un extranjero. «Obligaron a uno que pasaba... que venía del campo» (*Marcos 15:21*). Los acontecimientos que se desarrollaban en Jerusalén no parecían interesarle, pasaba por allí. Imagen del hombre indiferente hacia Cristo, se ve obligado a obedecer a Satanás y a sus secuaces. Lo «encontraron», lo «tomaron»,

lo «obligaron» y «cargaron sobre él la cruz, para que la llevara detrás de Jesús» (Mat. 27:32; Marcos 15:21; Lucas 23:26). Pero, aunque no fuera consciente de ello, ¡qué honor para él! Quizás este incidente lo curó de su indiferencia hacia Cristo. Al menos se pudo suponer que sus 2 hijos fueron conocidos más tarde como cristianos, y tal vez su esposa también (comp. Rom. 16:13).

(*) Cirene era una ciudad de Libia (Hec. 2:10).

«Lo seguía una gran multitud del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él» (Lucas 23:27). ¿No le alegró eso el corazón? ¿No era eso la “compasión” que había esperado? ¡De ninguna manera! En una Pascua anterior, en Jerusalén, muchos habían creído «en su nombre, contemplando las señales que hacía». Pero leemos que «no se fiaba de ellos, porque conocía a todos» los hombres (Juan 2:23 y ss.). Sabía que las lágrimas de esas mujeres no eran más que el reflejo de sentimientos naturales, por muy loables que fueran en sí mismas. En lugar de llorar por él, deberían haber llorado por sí mismas y por sus hijos, porque vendrían días en los que se diría bienaventuradas a las que no hubieran sido madres, debido a los terribles juicios que se cernirían sobre Israel (vean Lucas 23:28-30).

¡Qué diferencia entre estas «hijas de Jerusalén» y «las mujeres que lo habían seguido desde Galilea» (Lucas 8:2-3; 23:49)! Si las primeras hubieran recibido también las palabras del Señor habrían estado, como las segundas, a salvo de estos juicios venideros. «Porque si esto se hace con el árbol verde (es decir, a él mismo), ¿qué no se hará con el seco (a Israel)?» (Lucas 23:31). Del «tronco de Isaí», de la «tierra árida» había salido un retoño verde «como una raíz», para «dar fruto» (Is. 11:1; 53:2). Por lo tanto, era importante recibirlo como tal, en lugar de llorar por él.

«Llevaban también a otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir con él» (Lucas 23:32). En esta compañía, el Señor terminó su carrera en la tierra, «salió a un [lugar] llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota» (Juan 19:17). Este lugar estaba situado fuera de la ciudad. Así como, cuando nació, «no había lugar para ellos en la posada» (Lucas 2:7), y en su camino no tenía «donde recostar la cabeza» (Lucas 9:58), así también tuvo que morir fuera de la ciudad santa. Como el macho cabrío que se sacrificaba por el pecado del pueblo, en el gran día de la expiación, debía ser transportado y quemado fuera del campamento, Jesús fue expulsado del campamento de Israel y «padeció fuera de la puerta» (Lev. 16:15-27; Hebr. 13:11-13).

14 - «Crucificado en debilidad»

(2 Cor. 13:4; Mat. 27:33-38; Marcos 15:22-28; Lucas 23:33-35, 38; Juan 19:17-24).

«Y lo llevaron al lugar [llamado] Gólgota, que se traduce: lugar de la Calavera» (Marcos 15:22). No nos interesa saber dónde estaba situado este lugar ni por qué se llamaba así (*). Pero los acontecimientos que tuvieron lugar allí nos conmueven profundamente. Por eso, el nombre de Gólgota siempre despertará un poderoso eco en el corazón de los creyentes. Allí fue donde el Hijo de Dios fue «elevado de la tierra»; allí donde «soportó la cruz, despreciando la vergüenza»; allí donde fue «crucificado en debilidad» (Juan 12:32-33; Hebr. 12:2; 2 Cor. 13:4). Fue allí también donde se cumplió la gloriosa obra de la redención y donde los consejos de Dios para con el hombre pecador encontraron su pleno cumplimiento. ¡Ay! La lengua humana no puede describir en toda su extensión las infinitas consecuencias del acontecimiento que vamos a considerar. «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo, y enseguida lo glorificará» (Juan 13:31-32). La glorificación de Cristo y de Dios en él, tal era el objetivo supremo de la obra que iba a llevarse a cabo en el Gólgota.

(*) El único detalle que la Escritura relata sobre este tema es que el Gólgota, aunque «fuera de la puerta», estaba «cerca de la ciudad», y probablemente en un lugar de paso frecuentado (Juan 19:20).

«Cuando llegaron al lugar que se llama Gólgota, que quiere decir, Lugar de la Calavera, le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; pero cuando lo probó, no quiso beber» (Mat. 27:33-34). Aunque Marcos habla de «vino mezclado con mirra» (15:23), se trataba sin duda del mismo brebaje, destinado a mitigar los sufrimientos de los crucificados (*). El Señor había dicho, por boca del salmista: «Me pusieron además hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Sal. 69:21).

(*) Para ello se utilizaba vino agrio, que Mateo llama «vinagre». La «hiel» designaba un producto amargo, como el aceite de mirra. Varios manuscritos de Mateo emplean el término «vino» en lugar de «vinagre». Era la bebida habitual de los soldados romanos.

El hecho de que el Señor probara la bebida antes de rechazarla (aunque sabía lo que

era) da testimonio, de una manera muy conmovedora, de su perfecta humanidad y de su humillación. Sin embargo, aunque sintió el dolor como nosotros, rechazó cualquier alivio de parte de los hombres: «Pero él no lo tomó» ([Marcos 15:23](#)). Rechazó la bebida que el hombre le ofrecía, para beber, plenamente consciente, la copa amarga que había recibido de la mano de su Padre.

«Allí lo crucificaron...» ¡Cuán sobrio es el texto en cuanto a los detalles de la crucifixión en sí! Pero escuchemos al Señor quejarse ante su Padre: «Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos» ([Sal. 22:16-17](#)). ¿No recuerdan los líderes del pueblo estas palabras del salmista, que describen 1.000 años antes lo que acababan de hacer? «Jesús el Nazareno... vosotros matasteis crucificándolo por mano de hombres inicuos... Lo matasteis colgándole en un madero» ([Hec. 2:22-23](#); [5:30](#); [10:39](#)). ¡Ah! Sabemos de qué madera estaba hecho, «porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero» ([Deut. 21:23](#); [Gál. 3:13](#)). Era la madera de la maldición. –El hombre ha perdido por completo de vista el hecho de que esa cruz y el mismo Crucificado testifican contra él. Ha hecho del crucifijo un objeto de idolátrica veneración, como Israel quemó incienso durante siglos a la «serpiente de bronce que había hecho Moisés», un sorprendente tipo de Cristo elevado en la cruz. Ezequías la quitó del templo, la hizo pedazos y la llamó Nehustán (trozo de bronce) ([2 Reyes 18:4](#)). El creyente se aparta con una repulsión santa de tales cosas, que solo halagan la carne y sus sentimientos religiosos. Pero condena con igual vigor la ausencia de todo sentimiento de humanidad, cuyo triste espectáculo nos da la crucifixión de Jesús.

«Después de crucificarlo, se repartieron sus ropas, echando suertes» ([Mat. 27:35](#)). La ganancia fácil de algunas prendas de vestir, la cínica alegría de enriquecerse a expensas de un suplicante, son suficientes para desterrar de esos corazones endurecidos todas las impresiones que podrían haberles causado la agonía a la que asistían. Posteriormente, vemos cuánto se esfuerza el Espíritu Santo por producir tales impresiones en algunos de los testigos de esta escena, y esto para su eterno beneficio ([Lucas 23:40](#) y ss.). Con qué meticulosa atención proceden los legionarios, «hicieron cuatro partes, una para cada soldado», e incluso echando suertes para determinar con equidad «cuánto tomaría cada uno», en este lugar donde se acababa de cometer la peor de las injusticias ([Juan 19:23](#); [Marcos 15:24](#)). El pueblo, igualmente falto de inteligencia, «estaba allí mirando». Para ellos, mirar al Hijo del Dios vivo, clavado en la cruz, no era más que un espectáculo y nada más (vean [Lucas 23:35](#), [48](#)).

Pero ¿qué significaba todo eso *para el Señor*, suspendido en una posición tan dolo-

rosa, entre el cielo y la tierra? «Ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes» (Sal. 22:17-18). «Despreciado... de los hombres» (Is. 53:3), estaba allí, solitario e incomprendido, como lo había estado durante toda su vida: «Soy semejante al pelicano del desierto; soy como el búho de las soledades; velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado» (Sal. 102:6-7). Incluso antes de morir, sus bienes fueron repartidos, una herencia miserable que atestigua su completa indigencia; sin duda recibió de una mano amiga la preciosa túnica era «sin costura, tejida de una pieza de arriba [abajo]» (Juan 19:23). Él, a quien pertenecen el dinero y el oro, «y los millares de animales en los collados» (Hageo 2:8; Sal. 50:10), había renunciado a todo. Ni siquiera poseía un estatero para pagar el impuesto del templo (Mat. 17:24 y ss.). Por eso, con razón, el apóstol Pablo escribió a los corintios: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que por medio de su pobreza vosotros llegaseis a ser ricos» (2 Cor. 8:9).

Todo esto sucedió «para que se cumpliera la Escritura», como declara el Evangelio según Juan en varias ocasiones (Juan 19:24, 28, 36-37). Allí se cumplió en todos los aspectos la voluntad de Dios Padre, la única a la que se sometió el Hijo. El Espíritu añade inmediatamente: «Así lo hicieron los soldados». Estos legionarios romanos, cuya brutalidad parecía prevalecer siempre, incluso con el Señor Jesús, no eran más que instrumentos en la mano de Dios cumpliendo su Palabra en gracia. Por lo tanto, era inútil que velaran por su víctima (Mat. 27:36).

«Pusieron encima de su cabeza la acusación contra él». ¿Cuáles eran los términos? Cada Evangelio solo relata una parte (*). Si relacionamos los diversos elementos, obtenemos la siguiente frase: «Este es Jesús, el Rey de los judíos» (Mat. 27:37; Marcos 15:26; Lucas 23:38; Juan 19:19). «Jesús, el Nazareno», es el Salvador que vino en humillación a esta tierra (Mat. 1:21). «El Rey de los judíos» nos recuerda su dignidad real, pero también el hecho de que fue rechazado por su pueblo, así como la gloria que se le conferirá algún día en este mundo donde solo encontró odio, desprecio y la ignominiosa muerte en la cruz.

(*) Algunos piensan que el texto habría sido redactado de manera diferente en cada una de las 3 lenguas empleadas por Pilato. Marcos daría lo esencial, es decir, el principal cargo de acusación, mientras que cada uno de los otros 3 Evangelios habría relatado una de las 3 inscripciones. Parece difícil conciliar tal opinión con el texto de Lucas 23:38.

Tal era la «inscripción sobre él». Estaba escrito «en hebreo, en latín y en griego» (Lucas 23:38; Juan 19:20). De esta manera, Dios proclamaba desde lo alto de la cruz –en las lenguas más conocidas en aquel entonces, utilizadas la primera por el mundo de la cultura, la segunda por el mundo oficial, la tercera por el mundo religioso– las prerrogativas soberanas de su Hijo, en el mismo momento en que era objeto de un trato tan humillante. Esta proclamación era perfectamente visible y comprensible para todos los que pasaban ante la cruz. Por otro lado, establecía la locura de la acusación elevada contra el Señor Jesús. Podemos cantar: “En la vergüenza brilló tu gloria en la cruz”, porque la fe discierne, en el Crucificado, una humillación y una gloria infinitas.

«Este rótulo lo leyeron muchos de los judíos; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad... Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: El Rey de los judíos; sino que él dijo: Soy Rey de los judíos» (Juan 19:20-21). Los principales sacerdotes no querían reconocer el hecho anunciado por el letrero, cuya ironía intencionada también les irritaba. Se ven obligados a remitirse al representante de César, a quien acababan de declarar que no querían otro rey que su amo (Juan 19:15). Esto les atrae una contundente respuesta de Pilato: «Lo que he escrito, he escrito». Es notable que sea Pilato, adversario de la verdad, de quien Dios se sirve para dar testimonio de la verdad en cuanto a su Hijo y proclamar a todo el mundo que él es «Jesús, el Nazareno, el Rey de los judíos».

«Entonces fueron crucificados con él dos malhechores, uno a la derecha, y el otro a la izquierda» (Mat. 27:38). En esta compañía infame salió de la ciudad (Lucas 23:32) y en esta compañía fue crucificado, de modo que el más ciego de los pecadores puede reconocer el lugar que el hombre dio a Aquel que era «sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (Rom. 9:5). También se le quería dar «con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte» (Is. 53:9; Mat. 27:57 y ss.). Sin embargo, mientras agradara a Dios y mientras fuera necesario para el cumplimiento de sus designios, permitía que el hombre diera rienda suelta a su maldad. Por eso, el Justo fue «contado entre los pecadores» (Is. 53:12).

Leemos en Juan 19:18: «Le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio». Cuán diferente fue su parte, más allá de la cruz y el sepulcro, cuando, el «primogénito de entre los muertos», «vino Jesús y se puso en medio» de los suyos (Juan 20:19), privilegio que estos disfrutaban aún hoy por la fe (Mat. 18:20). Cuando sean introducidos en el cielo, verán «en medio del trono y de los cuatro seres vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero como sacrificado» (Apoc. 5:6), y le rendirán el homenaje eterno de su adoración. Entonces, ya no serán malhechores,

sino sus queridos redimidos que rodearán a su amado Señor y Salvador.

Cuando regrese a la tierra, aparecerá «con sus santas miríadas» (Judas 14), ya no en humillación, sino en gloria; ya no como el cordero inmolado, sino como «el León de la tribu de Judá... ha vencido» (Apoc. 5:5), ya no para salvar, sino «para hacer juicio contra todos, y convencer a todos los impíos de todas las obras impías que impíamente hicieron, y de todas las [palabras] duras que los impíos pecadores hablaron contra él» (Judas 15). ¡Cuán terrible será la parte de sus jueces y verdugos!

15 - «Padre, perdónalos»

(Lucas 23:34).

Los Evangelios relatan 7 palabras pronunciadas por el Señor en la cruz (Mat. 27:46; Marcos 15:34; Lucas 23:34, 43, 46; Juan 19:26-30). La que vamos a meditar es la primera. El Señor la pronunció poco después de ser crucificado.

«Allí lo crucificaron... Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:33-34). De su santa boca no salen ni quejas, ni protestas, ni amenazas. Cada vez que habla, es para expresar palabras de gracia. No hay ira santa y justa, ni llamamiento a la venganza y al juicio de Dios. «Padre, perdónalos»; tal es su respuesta a la más cruel de las ofensas que había sufrido por parte de sus enemigos.

Parece que ya habría sido admirable que el Señor intercediera en favor de los legionarios, ignorantes secuaces de sus verdugos. Pero ¿podía invocar el perdón de Dios a favor de los judíos, en cuya boca «Hosanna» había dado paso tan rápidamente a «¡Crucifícalo!»? ¿Un pueblo que, a cambio de sus innumerables beneficios, lo había abrumado con insultos?

Ciertamente, todo lo que pertenecía a la antigua economía fue dejado de lado porque, como nación, Israel había fallado completamente en su responsabilidad hacia Dios. No había sabido discernir «¿en este día tuyo, lo que te conduciría a la paz!» (Lucas 19:42). Si las cosas hubieran quedado así, toda esperanza de restauración se habría perdido para siempre para él, porque al rechazar a su Mesías, puso el colmo a su iniquidad. Pero, en Cristo, Dios cumplió así sus eternos designios de gracia, de modo que «donde abundó el pecado», la gracia pudiera «sobreabundar» (Rom. 5:20). «Fue contado entre los pecadores» (Is. 53:12), fue lo que su pueblo hizo del «Santo de Israel». Pero había «orado por los transgresores» –tal fue la respuesta de

Aquel que vino del cielo en gracia.

«Amad a vuestros enemigos, orad por los que os persiguen» (Mat. 5:44), dijo el Señor un día en la montaña. Ningún mandamiento es más contrario a la naturaleza humana. Pero en Cristo había una perfecta concordancia entre sus actos y su enseñanza. Por eso pudo declarar de sí mismo: «Ese mismo que os he dicho desde el principio» (Juan 8:25). Animado por el espíritu de su Maestro, Pablo escribió a los corintios: «Difamados, y suplicamos» (1 Cor. 4:13). Y Pedro: «También Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas... cuando sufría, no amenazaba», sino que, por el contrario, oró por sus enemigos (1 Pe. 2:21-23).

Moisés, bello tipo de Cristo, también intercedió por el pueblo, que lo había abrumado con sus incesantes manifestaciones de celos. Jehová habría destruido a Israel «De no haberse interpuesto Moisés su escogido delante de él, a fin de apartar su indignación para que no los destruyese» (Sal. 106:16, 23; Éx. 32:30 y ss.; Núm. 14:10 y ss.). Pero después Dios no encontró ningún intercesor entre los líderes del pueblo. Por lo tanto, da rienda suelta a su amargura: «Busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé» (Ez. 13:5; 22:30). Ahora ha encontrado uno en la persona de su único Hijo, y esto en el mismo momento en que su pueblo acababa de crucificarlo.

«Padre, perdónalos». En virtud de esta intercesión, Israel no fue rechazado definitivamente por Dios, como se lo merecía, y el juicio que debía alcanzarlo se pospuso por algún tiempo más. Después de la venida del Espíritu Santo, se predicó el arrepentimiento al pueblo, principalmente por Pedro, y los primeros capítulos de Hechos describen los frutos extraordinarios que resultaron de ello. Pero Israel, como pueblo, continuó despreciando y rechazando a su Mesías. Eran «¡duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo» (Hec. 7:51 y ss.). La muerte de Esteban fue como la «embajada» que enviaron después del Hombre noble que se había ido a un país lejano, diciéndole: «No queremos que este reine sobre nosotros» (Lucas 19:12-14). Sin embargo, «Dios no rechazó a su pueblo», sino que «en la actualidad, existe un remanente según [la] elección de [la] gracia» y, después de los juicios, «todo Israel será salvo» (Rom. 11:2, 5, 26).

El *motivo* de la intercesión del Señor Jesús en favor de su pueblo es tan admirable como la intercesión misma. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Ciertamente, nosotros lo habríamos juzgado de otra manera: ¿no actuaban con pleno conocimiento de causa? ¿No habían discernido quién era Jesús? ¿No declaraban

abiertamente, como en la parábola?: «¡Este es el heredero! ¡Matémoslo, para que la heredad sea nuestra!» (Lucas 20:14). Sin embargo, el Señor dijo: «No saben lo que hacen». Amaba a su pueblo «con amor eterno» y la gracia que llenaba su corazón por él «te prolongué mi misericordia» (Jer. 31:3). «Hermanos, sé que por ignorancia lo hicisteis, como también vuestros gobernantes» (Hec. 3:17). «Ninguno de los jefes de este siglo» había conocido la sabiduría de Dios. «Porque si la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de gloria» (1 Cor. 2:7-8). Sin embargo, cuando rechazaron al Salvador resucitado y glorificado como habían rechazado al Salvador sufriente y humillado, ya no pudieron invocar su ignorancia. Por eso, en su intercesión, Esteban no le pide al Señor que les perdone, porque no sabían lo que hacían, sino que «clamó a gran voz: ¡Señor, no les atribuyas este pecado!» (Hec. 7:60).

«En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba» (*) (Sal. 109:4). En 7 ocasiones, el Evangelio según Lucas nos presenta al Señor Jesús en oración. Hombre dependiente, pasó noches en oración (Lucas 6:12). También leemos que «muy temprano, siendo aún muy oscuro, se levantó y salió a un lugar solitario, y allí oraba» (Marcos 1:35). «Mas yo a ti he clamado, oh Jehová, y de mañana mi oración se presentará delante de ti» (Sal. 88:13). El «mañana» de Getsemaní, su oración también había «prevenido» a Dios, mientras que «en su [angustioso] combate oraba con mayor fervor», en el momento en que recibía la copa de la mano del Padre. «Te he llamado, oh Jehová, cada día; he extendido a ti mis manos» (Sal. 88:9). «Cada día», incluso en la cruz, «grita» a su Dios y «extiende sus manos hacia él», sus manos heridas por aquellos por los que intercede: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

(*) Literalmente: «pero yo, orando».

16 - «Sálvate a ti mismo»

(Mat. 27:39-44; Marcos 15:29-32; Lucas 23:35-37).

Ahora contemplamos al Señor Jesús colgado de la cruz, expuesto a los rayos del sol de Oriente, a las miradas impúdicas de la multitud, así como a los incesantes sarcasmos de sus enemigos, a lo que se sumaban las torturas corporales de la crucifixión. Nos cuesta imaginar la intensidad del sufrimiento moral que experimentó en su alma divinamente sensible, bajo el efecto del «veneno mortal» (Sant. 3:8) destilado

por la lengua afilada de sus adversarios. «Mi vida está entre leones; estoy echado entre hijos de hombres que vomitan llamas; sus dientes son lanzas y saetas, y su lengua espada aguda» (Sal. 57:4). «Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente. He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, deritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte» (Sal. 22:12 y ss.). ¡Cuán conmovedor es escuchar, de la boca misma del Señor, la descripción de los sufrimientos corporales y morales que soportó en la cruz!

Estos sufrimientos hacen aún más indigna la crueldad de los insultos con los que sus enemigos lo atiborran. Aparte de los pocos fieles que «estaban junto a la cruz» (Juan 19:25), todos los espectadores de esta escena desempeñan su papel en este vergonzoso concierto: el pueblo, los jefes, los soldados y los malhechores crucificados con Jesús. Veremos más adelante que ni siquiera los horrores de las 3 horas de tinieblas les cerraron la boca por completo (Mat. 27:47, 49).

Grandes multitudes del pueblo y de aquellos que, de todas las regiones del país, habían venido a Jerusalén para la fiesta, «se había reunido para presenciar este espectáculo» (Lucas 23:48). Tanto si el pueblo «estaba mirando» como si desfilara ante la cruz, todos ellos injuriaban al «varón de dolores», se burlaban de él y lo cubrían de ultrajes (Mat. 27:39, 41, 44; Lucas 23:35). «Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza» (Sal. 22:7). ¡Cuán admirable es la Palabra de Dios! Lo que estaba escrito en este salmo se cumplió en la cruz: «Los que pasaban lo insultaban meneando la cabeza, diciendo: ¡Tú que derribas el templo y en tres días lo reconstruye, sálvate a ti mismo!» (Mat. 27:39-40). Retoman las mentiras que habían utilizado la noche anterior para respaldar sus falsos testimonios contra Jesús. ¡Qué infamia atribuirle de nuevo palabras que no había pronunciado! «Todos los días ellos pervierten mi causa; contra mí son todos sus pensamientos para mal» (Sal. 56:5). «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (Mat. 27:40). ¿No nos recuerdan estas palabras al lenguaje de Satanás durante la tentación de Jesús en el desierto? No es de extrañar que los «hijos de desobediencia» se expresen como el padre de ellos (Satanás).

«También los magistrados que se burlaban de él» (Lucas 23:35). «Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta» (Sal. 69:12). En una ocasión anterior habían dicho: «¡Pero esta gente que no conoce la Ley, es maldita!» (Juan 7:49), pero ahora hacían causa común con ella. Del mismo modo, las humillaciones que Pilato y Herodes infligieron a su víctima inocente los reconciliaron entre sí. Lo mismo sucedió

con el pueblo y sus líderes. «De igual manera los principales de los sacerdotes, burlándose con los escribas y los ancianos...» (Mat. 27:41). Aunque lo hacían «entre ellos» (Marcos 15:31), su actitud era aún más condenable porque parecía hipócrita, algo muy apreciado por los biempensantes.

«A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mat. 27:42). Pocos días antes, habían conspirado para matar a Lázaro, cuya resurrección atestiguaba que Jesús «había salvado a los demás»; querían hacer desaparecer a este testigo, «porque muchos de los judíos se apartaban de ellos, y creían en Jesús» (Juan 12:11). Ahora que pensaban haber alcanzado su objetivo, reconocieron con franqueza llena de cinismo que había salvado a los demás. ¿No podría haberse salvado a sí mismo? ¡Claro que sí! Pero nuestro Salvador no quiso. Para poder salvar a los demás, tuvo que renunciar a salvarse a sí mismo. No había otra manera de traer de vuelta a Dios a los culpables que se habían alejado de Él. Como el siervo de Éxodo 21, dijo: «Amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre» (v. 5). No quería salvarse a sí mismo; y no podía, porque quería salvarnos a nosotros. Había venido a la tierra «a buscar y a salvar lo que se había perdido»; no para buscar algo para sí mismo, sino «para servir y dar su vida en rescate por muchos».

«A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. ¡El Cristo, el Rey de Israel! ¡Baje ahora de la cruz para que veamos y creamos!» (Marcos 15:31-32). Así había sido su lenguaje, desde siempre. «Una generación mala y adúltera busca una señal», les había dicho el Señor; «no le será dada señal, sino la señal de Jonás el profeta» (Mat. 12:39 y ss.; 16:1 y ss.). Pero tampoco les bastó con esa señal. Porque, después de que el Hijo del hombre estuvo «tres días y tres noches en el corazón de la tierra», como Jonás había estado «en el vientre del gran pez», «vieron», pero no creyeron. Es más, recurrieron a la corrupción y a la mentira para ocultar al pueblo «hasta hoy» la irrefutable verdad de la resurrección de Jesús.

Es con respecto a estos líderes religiosos que se cumple la profecía de Isaías, confirmada por las palabras de Jesús: «De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis» (Mat. 13:14). Su ceguera es especialmente evidente cuando pronuncian una palabra de la Escritura, sin darse cuenta de que el salmista la pone en boca de los enemigos del Mesías: «Ha confiado en Dios; que lo libre ahora, si lo quiere» (Mat. 27:43; Sal. 22:8). «Como quien hiere mis huesos, mis enemigos me afrentan, diciéndome cada día: ¿Dónde está tu Dios?» (Sal. 42:10). Ninguna palabra humana podría describir mejor los sentimientos del Hombre perfecto, tan ultrajado.

La medida de su humillación se completa cuando los soldados y los malhechores

crucificados con él agregan sus insultos a los del pueblo y sus líderes ([Lucas 23:36-37](#); [Mat. 27:44](#)). Lo oímos clamar por el Espíritu profético: «Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me aborrecen sin causa... ¡Oh Jehová, cuánto se han multiplicado mis adversarios! Muchos son los que se levantan contra mí. Muchos son los que dicen de mí: no hay para él salvación en Dios». Sin embargo, su confianza en Dios permanece inquebrantable y sabe que será liberado: «Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza» ([Sal. 69:4](#); [3:1-3](#)).

17 - La conversión del malhechor

([Lucas 23:39-43](#)).

«Los malhechores que estaban crucificados con él, también lo injuriaban» ([Mat. 27:44](#)). Sin duda, nunca se había presenciado una escena como esta: condenados a muerte insultando sin motivo a otro condenado. Ni el horror de su propia situación, ni los sufrimientos que soportaban, ni los reproches de su conciencia, ni la ignominia del castigo que se les infligía les impedían insultar a su inocente compañero de infortunio.

«Uno de los malhechores crucificados lo injuriaba, diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero respondiendo el otro...» ([Lucas 23:39-43](#)). Mientras que uno de los 2 malhechores manifiesta cada vez más abiertamente su hostilidad hacia Jesús, añadiendo blasfemias a los insultos, se produce un cambio inesperado en el otro. Reprende a su compañero, no quiere tener nada en común «con las obras infructuosas de las tinieblas» y actúa como un «hijo de luz» ([Efe. 5:8, 11](#)). ¿Qué había provocado esta conversión? Solo se puede dar una explicación: Dios había obrado en secreto en su corazón, para arrancar, en el último momento, a un pecador de la perdición eterna. Solo Lucas nos relata este hecho, que revela a la vez el abismo de maldad en el que está sumido el hombre y el admirable despliegue de la gracia divina.

Esta obra se ha llevado a cabo sin intervención humana. Ciertamente, nos corresponde llamar la atención de los hombres que nos rodean sobre su estado de pecado, sobre el terrible juicio que les espera y sobre la salvación que se les ofrece en Cristo. Pero si Dios no obra, nuestros esfuerzos son en vano. La obra de la salvación en favor de los pecadores y el trabajo que se lleva a cabo en sus corazones son, ambos,

obra de Dios solamente.

«Pero respondiendo el otro, lo reprendió, diciendo: ¿Ni siquiera temes tú a Dios, que bajo la misma sentencia estás?» (Lucas 23:40). Estas palabras ponen de manifiesto el primer fruto de esta obra secreta de Dios en el corazón del malhechor: el temor de Dios. Él, que momentos antes injuriaba al Señor Jesús, ahora reprende a su compañero, quien, frente a la muerte, no teme al Dios santo, el Juez eterno ante quien ambos comparecerán pronto. El temor de Dios, que «es el principio de la sabiduría» (Prov. 1:7), había penetrado en su corazón.

La misma lleva al malhechor arrepentido a la luz divina y produce 2 frutos que nunca faltan cuando es profunda y sincera: se condena a sí mismo y justifica a Dios. Su compañero, por el contrario, cree tener derecho a ser salvado y le ordena al Señor que lo haga: «¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros...». Pero el otro dijo: «Para nosotros, a la verdad, es justo; porque estamos recibiendo lo que nuestros hechos merecieron; pero este nada malo hizo» (Lucas 23:39-41).

En lugar de reconocer su culpa, el propio justo acusa a Dios, a los hombres y a las circunstancias. Ahora bien, la cuestión de nuestra culpabilidad debe ser resuelta entre Dios y nosotros mismos. Cuando, en el día del juicio, los muertos comparezcan ante el gran trono blanco, serán juzgados «cada uno conforme a sus obras» (Apoc. 20:13). Ciertamente, el primer malhechor «reprendió» a su compañero y, al hacerlo, lo estaba advirtiendo. «Tú eres...», le dijo. Pero se juzga a sí mismo al declarar: «Porque estamos recibiendo lo que nuestros hechos merecieron». No busca ninguna excusa para apaciguar su conciencia, y su corazón es sencillo. Condena su vida, reconoce que merece la muerte y manifiesta así todos los signos de un arrepentimiento sincero.

«Porque yo reconozco mis rebeliones, –exclama David–, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio» (Sal. 51:3-4). Cuando Dios produce en un hombre el sentimiento de su culpa, este se guarda muy bien de acusar a Dios. El malhechor lo justifica, declarando: «Nosotros, a la verdad, es justo; porque estamos recibiendo lo que nuestros hechos merecieron; pero este nada malo hizo». Se había visto a sí mismo a la luz de Dios, pero esa luz también le había revelado la perfecta inocencia de Jesús.

«Pero este». Con estas pocas palabras, el malhechor reconoce la distancia que lo separaba de él, aunque el ojo natural no podía distinguirla entonces. No solo proclama la total inocencia de Jesús, sino que declara: «Este nada malo hizo». Esta constata-

ción iba mucho más allá de los testimonios de Judas, Pilato y todos los demás. Al malhechor arrepentido le fue reservado dar testimonio de la completa perfección moral de Cristo.

La gracia divina ilumina cada vez más el alma de este hombre. Aunque la gloria del Crucificado estaba velada por su profunda humillación, reconoce Su señorío. Aunque Jesús llevaba una corona de espinas en lugar de una diadema, el malhechor proclamaba sus prerrogativas reales. Aunque no era posible que un crucificado escapara de la muerte, comprendió por fe que el Señor Jesús vendría un día «en su reino». ¡Cuán poco tiempo le había llevado al Espíritu de Dios revelarle todas estas maravillas!

Ahora se dirige directamente a Jesús, sabiendo que solo él podía ayudarlo. «Le dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Deseaba ser salvo, por supuesto, pero no solo para esta vida. Enseñado por Dios, había comprendido que solo podía encontrar la salvación en el Salvador. No le pide que suavice sus sufrimientos ni que ponga fin a su angustiosa situación. Solo desea una cosa: estar a partir de ahora donde esté el Señor. «Acuérdate de mí», ¡que esta simple petición, expresión de una fe confiada, pueda elevarse desde el corazón de muchos pecadores hacia el Salvador, mientras aún haya tiempo! Como el malhechor, recibirán una respuesta divina que colmará sus expectativas.

«En verdad te digo». Con esta solemne declaración, Jesús introduce el mensaje que dirige a este hombre. «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43). «¡Conmigo!». Eso era precisamente lo que el pobre malhechor había pedido al Señor desde lo más profundo de su miseria. «Hoy». Su deseo se cumpliría el mismo día y no en un futuro más o menos lejano. «Tu reino». Había expresado el deseo de participar en el reino del Mesías de Israel: será introducido en el paraíso, el lugar de la felicidad de los bienaventurados, el paraíso de Dios, al que el trabajo de la cruz debía abrirle el acceso. De hecho, esta obra de gracia introdujo algo completamente nuevo: trajo a todos los que creyeran, no la gloria del reino, sino una parte infinitamente más gloriosa con Jesús, en el gozo y la felicidad eternas.

Si hubiera sido de otra manera y el Señor hubiera exigido al malhechor alguna obra, este pobre hombre habría tenido que abandonar toda esperanza. Esta escena ilustra admirablemente lo que es la justificación sobre el principio de la fe, en virtud de la soberana y perfecta gracia de Dios. «Hoy estarás conmigo en el paraíso». En verdad, esta respuesta superaba «infinitamente más que todo lo pedimos o pensamos»; era la respuesta del «amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento» (Efe. 3:19-20).

Así, el pobre suplicante encontró, en la undécima hora de su triste existencia, «un eterno consuelo y una buena esperanza por gracia» (2 Tes. 2:16) en Aquel cuya sangre iba a ser derramada para expiar sus pecados. El Señor Jesús también disfrutó de un precioso consuelo por este primer fruto de sus sufrimientos expiatorios. Ya en la cruz vio el fruto del trabajo de su alma y quedó satisfecho (Is. 53:11). No entró solo en el paraíso; y nosotros también veremos un día, entre la innumerable multitud de los redimidos, al malhechor salvado en la cruz.

Pero había una tercera cruz en el Gólgota. ¡Cuán diferente fue el destino del segundo malhechor! Al no haber encontrado «oportunidad de arrepentimiento» (Hebr. 12:17), ahora está en tormento y tendrá su parte eterna en el lago de fuego y azufre. «¿Por qué hicisteis errar vuestras almas?» Y despreció «una salvación tan grande» (Jer. 42:20; Hebr. 2:3). «Hoy» fue para el primer malhechor el de la felicidad celestial y, para el segundo, el de la perdición eterna. Proclamemos, pues, en toda ocasión: «Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Hebr. 4:7).

18 - «He ahí a tu madre» (Juan 19:27)

«Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre, María [mujer] de Cleofás y María Magdalena» (Juan 19:25-27). ¡Qué valiosa relación mantenían estas mujeres con Jesús! Lo habían seguido desde Galilea, «le servían con lo que poseían» (Marcos 15:41; Lucas 8:2-3). «Muchos otros habían subido con él a Jerusalén». Las volvemos a encontrar más adelante: Estaban «sentadas enfrente del sepulcro, [...] contemplaban dónde lo ponían [...], vieron el sepulcro y cómo fue puesto el cuerpo». Luego «compraron..., y prepararon especias aromáticas y perfumes», interrumpiendo su servicio al Señor solo durante el sábado (Mat. 27:61; Marcos 15:47; 16:1; Lucas 23:55-56). «Tarde, el día de reposo» y el primer día de la semana «muy temprano» (incluso, para una de ellas, «cuando aún era de noche»), fueron al sepulcro (Mat. 28:1 y ss.; Marcos 16:9-10; Lucas 24:1 y ss.; Juan 20:1 y ss.). Así, fueron las primeras testigos de la resurrección de Cristo y sus mensajeras ante los discípulos, porque fue a ellas a quienes se les apareció primero. También en el Gólgota observan atentamente lo que sucede, aunque la mayoría de ellas «estaban lejos mirando», pero algunas también, al menos momentáneamente, permanecen «junto a la cruz» (Luc. 23:49; Mat. 27:55; Juan 19:25). Sin duda, estaban menos en peligro que los discípulos, pero su apego al Señor y su devoción a su persona las habían llevado a ese lugar. ¡Cuán conmovedora es su fidelidad!

El pasaje que ahora meditamos nos habla de la madre de Jesús. Esta mujer débil, esposa de un modesto carpintero de Nazaret, una ciudad despreciada, es «su madre», y él «su hijo». El Espíritu, por tanto, vuelve a llamar nuestra atención sobre la perfecta humanidad de Cristo y su profunda humillación. «Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer» (Gál. 4:4).

Pero el admirable misterio de la encarnación no fue suficiente para el cuerpo religioso. Una parte de la cristiandad apartó sus ojos del Hijo para dirigirlos hacia la madre, rodeándola de una veneración digna solo de la divinidad. Nada en la Palabra de Dios autoriza tal culto. Ciertamente, el ángel Gabriel le declara a María que era «muy favorecida» y que es «bendita entre las mujeres». También entendemos que Elisabet la llame «dichosa» y que «todas las generaciones» deben hacer lo mismo (Lucas 1:28, 45, 48). Pero los magos que vinieron de Oriente rindieron homenaje al niño y no a su madre (Mat. 2:11). Simeón bendijo a María y José, y no al niño (Lucas 2:33, 34), porque «sin controversia, el menor es bendecido por el mayor» (Hebr. 7:7).

¡Con qué santa reverencia consideraba María el privilegio que se le había concedido, como se desprende de su respuesta al ángel Gabriel, así como de su cántico (Lucas 1:38, 46 y ss.)! Ella estaba asombrada «de las cosas que se decían de acerca de él» y «guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lucas 2:33, 51). Lo mismo ocurrió cuando Jesús comenzó a ejercer su ministerio: las palabras que pronunció en las bodas de Caná muestran que sabía quién era (Juan 2:3, 5).

Después de la escena de Caná, María no vuelve a ser mencionada hasta la cruz, excepto en 2 ocasiones (Mat. 12:47; 13:55). De este modo, pasa a un segundo plano. Jesús, totalmente entregado a la obra que el Padre le había encomendado, no se deja entorpecer por sus relaciones naturales con su familia o con su pueblo. «¿No sabíais que debo estar en los asuntos de mi Padre?» (Lucas 2:49), había declarado ya a sus padres cuando solo tenía 12 años. En el momento en que se disponía a salir «de la casa» (Mat. 13:1), es decir, a apartarse de Israel, que lo había rechazado, le oímos hacer esta pregunta: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?» (Mat. 12:48). Lo que le dijo a su madre en Caná también puede parecernos extraño: «Mujer, ¿qué tiene que ver eso conmigo o contigo?» (Juan 2:4). Aún no había llegado el momento de manifestar su gloria a Israel y de cambiar su duelo en gozo, de lo cual el milagro de Caná es una figura. ¿Qué pasaba ahora? Si María estaba «angustia-da» (Lucas 2:48), cuando había buscado a su hijo durante varios días en Jerusalén, ahora experimentaba un dolor infinitamente mayor, porque se cumplía la profecía de Simeón: una espada «traspasará su misma alma» (Lucas 2:35), poniendo fin para siempre a las relaciones naturales que la habían unido a su Hijo hasta entonces.

«Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre» (Juan 19:26-27). En el momento en que su madre iba a perderlo, le da otro hijo en la persona del discípulo al que le unían los lazos más dulces. Estas palabras nos revelan las infinitas profundidades del amor que llenaba el corazón de Jesús. Con una gracia admirable, había dicho de sus enemigos: «No saben lo que hacen». Al malhechor arrepentido le abrió las puertas del cielo diciéndole: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Ahora, dominando la cruz, sus sufrimientos y su ignominia, piensa en su madre con una ternura filial de lo más conmovedora. Los sentimientos humanos no le eran ajenos, aunque su consagración a Dios siempre les daba su verdadero lugar. ¿Podía ser de otra manera en Aquel que, si era verdadero Dios, también era verdadero hombre? No podemos contemplar este misterio sin postrarnos en nuestros corazones y adorar a nuestro glorioso Señor y Salvador Jesucristo.

Juan siempre se llama a sí mismo, en su Evangelio, «el discípulo a quien Jesús amaba» (13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20). No era su amor por Jesús lo que ocupaba sus pensamientos, sino el maravilloso amor de su Salvador. No es de extrañar que, habiendo experimentado este amor en tal medida, Juan se viera influido en todo su comportamiento. Lo vemos, durante la cena, «recostado sobre el pecho de Jesús»; para interrogarlo, «se inclinó sobre su pecho» (Juan 13:23, 25; 21:20). Es el único discípulo que siguió a su Maestro hasta la cruz; se adelanta a los demás al llegar al sepulcro vacío (Juan 20:2, 4, 8). En la orilla del mar de Tiberias, es él quien reconoce primero al Señor, y desde ese momento hasta el final del Evangelio, no lo abandona.

Cuando un corazón está lleno de su amor, el Señor no deja de manifestarse a él. «El que me ama será amado por mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (Juan 14:21). Es «el discípulo a quien Jesús amaba» quien, durante la cena, recibió primero, de boca del Señor, la comunicación que todos esperaban con impaciencia (Juan 13:25, 26). A orillas del mar de Tiberias, le hace una revelación extraordinaria (Juan 21:22) y, en el pasaje que meditamos, le honra con una confianza muy especial. «Mujer, he ahí a tu hijo; he ahí a tu madre». Juan debe ocupar ahora el lugar del Señor en las relaciones naturales que había mantenido con su madre. «Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Juan 19:27). ¿Podría haber actuado de otra manera? A la ternura del Señor responde la prontitud del discípulo. De ahora en adelante podrá manifestar a la madre de Jesús «el amor, que es el vínculo de la perfección» (Col. 1:8; 3:14).

19 - «¡He aquí el Cordero de Dios!»

(Mat. 27:45-47; Marcos 15:33-35; Lucas 23:44-45).

Con el corazón encogido, hemos seguido al «varón de dolores» por este camino en el que, hasta ahora, ha sufrido por parte de los hombres. Ahora se abre un nuevo capítulo en la historia de la cruz. Comienza con estas palabras: «Y desde la hora sexta» (Mat. 27:45). A partir de entonces, el hombre pasa completamente a un segundo plano: fue de la mano misma de Dios que el Señor Jesús recibió los golpes que su justicia le infligió, para ser «la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2:2). Con Juan el Bautista, podemos exclamar:

«¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1:29).

«Y desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra, hasta la hora novena... El sol se oscureció (*)» (Mat. 27:45; Lucas 23:45). ¿Por qué, entonces, se cubrió el cielo de tinieblas y se oscureció la luz del sol a mediodía? Porque era necesario que un velo envolviera a los seres y a las cosas visibles, para dejar que las 3 últimas horas de la cruz se desarrollaran entre Dios solo y la santa Víctima. La creación no debía contemplar los indecibles sufrimientos de su Creador. En la hora en que Dios lo puso «en lugares profundos» (Sal. 88:6), convenía que el universo se sumiera en una profunda oscuridad. Nos conviene también a nosotros observar, con respecto tal escena, una santa reserva. Incluso cuando estemos en el cielo, no podremos desentrañar el misterio de lo que pasó entonces en el alma de nuestro querido Salvador.

(*) Este hecho fue la consecuencia y no la causa de la oscuridad, que fue completamente sobrenatural. No se puede invocar un eclipse: de hecho, un eclipse de sol solo es posible en luna nueva; sin embargo, la Pascua, celebrada el día 14 del mes de Nisán, caía en la época de luna llena, ya que los meses del calendario judío comenzaban en luna nueva.

También es importante señalar que el Espíritu Santo nos revela muy poco sobre las 3 horas de oscuridad. De hecho, ¿cómo podríamos haber entendido algo de lo que la Escritura, hablando de Cristo, llama «fruto de la aflicción de su alma»? ¿Cómo podríamos entender lo que significó para él poner «su vida en expiación por el pecado», puesto «en el polvo de la muerte», ser «cortado de la tierra de los vivientes», ser «puesto en el polvo de la muerte» (Is. 53:8, 10-12; Sal. 22:15)? ¿Quién podrá

jamás sondear la infinita angustia de esas 3 horas de inexorable oscuridad, en las que nuestro Salvador permaneció en total soledad y sufrió los ardores del juicio de Dios?

*“¡Oh! ¡Cómo han pesado sobre ti,
solo, en esa hora oscura,
el abandono, la angustia y el terror
de nuestros innumerables pecados!”*

(Himnos y Cánticos en francés, 42, 2).

Jesús no deja escapar ninguna queja; ni un gemido; sus labios permanecen cerrados. «No abrió su boca» (Is. 53:7). No es hasta la hora novena que lanza un grito, un grito desgarrador que nos revela algo del sufrimiento indecible de su alma. «Y cerca de la hora novena, Jesús gritó con gran voz» (Mat. 27:46). Había soportado sin quejarse los golpes, la flagelación, los escupitajos, los insultos, los dolores de la cruz, dirigiendo incluso palabras de gracia a su discípulo, a su madre y al malhechor. Pero ahora, sumido en un abismo de sufrimiento moral, abandonado por Dios, no puede contener la angustia de su alma. «¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido...» (Lam. 1:12). Estas palabras pueden aplicarse a él en su sentido más profundo, a él a quien Dios afligió «en el día de su ardiente furor».

Esta cuarta palabra del Crucificado es esencialmente diferente de las otras 6. «¡Eli, Eli...! ¡Dios mío, Dios mío...!» . ¿Alguna vez le hemos oído dirigirse a su Padre en estos términos? «¡Gracias te doy, Padre!», exclama cuando la negación de su pueblo le da a Dios la oportunidad de desplegar su gracia a favor de los «niños» (Mat. 11:25). En su oración de Juan 17, lo llama «Padre... Padre Santo... Padre justo» (v. 1, 11, 25). En Getsemaní, cuando recibió la copa de los sufrimientos de manos del Padre, le oímos llamarle de nuevo con el tierno nombre de «Padre mío» (Mat. 26:39, 42; Marcos 14:36). Nada perturbaba la dulzura de la comunión que disfrutaba con él. Finalmente, durante la crucifixión, pudo decir una vez más: «Padre, perdónalos...» (Lucas 23:34). Todo esto demuestra que la expiación de los pecados no tuvo lugar antes de las 3 horas de oscuridad, como afirman algunos. Los que piensan así no han comprendido lo que es el pecado a los ojos de Dios y disminuyen, tal vez inconscientemente, el valor único de los sufrimientos expiatorios del Salvador.

«Y ceca de la hora novena, Jesús gritó con gran voz, diciendo: ... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?». Que haya sido «desechado entre los hom-

bres» (Is. 53:3), que haya recorrido su camino en la tierra en una soledad creciente hasta que todos se hubieran «escandalizado en él» y lo hubieran dejado solo, no nos sorprende, por muy profunda que sea nuestra compasión. Era la consecuencia de su fidelidad y obediencia a su Padre en un mundo contaminado y enemigo de Dios. Pero ahora era *el mismo Dios* quien lo abandonaba, a Jesús que no «conoció pecado» y que no «hizo pecado» (2 Cor. 5:21; 1 Pe. 2:22).

¡Cuán poco comprendemos lo que fue para Dios el abandono de su Hijo! Tuvo que apartar su rostro de Aquel que era el holocausto perfecto y que había venido «para hacer... su voluntad» y la había cumplido plenamente (Hebr. 10:9; Sal. 40:8). En cuanto al Padre y al Hijo, ¿no se había dicho, mucho antes, durante el sacrificio de Isaac: «Iban juntos» (Gén. 22:6, 8)? Ciertamente, cuando Abraham tomó a su hijo, «su único, a quien ama», para ofrecerlo en sacrificio a Moría, Dios intervino para que no extendiera «su mano sobre el muchacho, no le hagas nada». En el Calvario, Dios no intervino; ningún ángel apareció para liberar al Señor o, siquiera, para fortalecerlo, como «en su angustioso combate» en Getsemaní (Gén. 22:11, 12; Lucas 22:43). ¡Misterio insondable! En la cruz, Dios *tuvo que* apartar su rostro de él. «Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento» (Is. 53:10).

Lo que hacía que la “fatiga de su alma” fuera tan dolorosa para el Señor Jesús y le llevara a decir: «Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción» (Sal. 88:9), fue el hecho de que *su Dios* lo había abandonado. «Me has puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en lugares profundos. Sobre mí reposa *tu* ira, y *me* has afligido con todas tus ondas». Eran «sus terrores» los que lo perturbaban, de modo que «no sabía dónde estaba». Las llamas de su ira se habían posado sobre él (Sal. 88:6-7, 15-16). «Muchos toros» y «los fuertes toros de Basán» lo rodeaban; sufría las torturas corporales y el trato odioso que le infligía la «cuadrilla de malignos» que lo rodeaba (Sal. 22:12-18). Sentía en lo más profundo de su ser el peso infinito de esos sufrimientos. Sin embargo, ¿qué eran, comparados con la angustia de esas horas supremas? «Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme» (Sal. 22:19).

Los padres habían clamado «a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados»; pero su doloroso clamor no recibió respuesta. En el ocaso de su vida, David declaró: «No he visto justo desamparado» (Sal. 37:25). Pero el Señor tuvo que exclamar: «No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude» (Sal. 22:11). Dios se mantiene «lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor» (v. 1). ¡Qué escena tan conmovedora! El único justo que ha existido fue abandonado por Dios, y esto en el momento más fuerte de la angustia.

*“Estabas solo en la cruz, bebiendo la copa amarga,
¡sin que un corazón viniera a responder a tu grito doloroso!”*

(Himnos y Cánticos en francés, 11, 3).

Por boca del salmista, el Señor Jesús levanta su voz en varias ocasiones para preguntarle a Dios por qué tuvo que atravesar tal abandono. «¿Por qué me has desamparado... te escondes en el tiempo de la tribulación?... Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí?... tú eres el Dios de mi fortaleza, ¿por qué me has desechado?... ¿Por qué, oh Jehová, desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?» (Sal. 22:1; 10:1; 42:9; 43:2; 88:14).

¿Acaso no conocía la causa de este abandono? No era el motivo de su pregunta, porque sabía «todas las cosas que sobre él venían» (Juan 18:4). Nosotros también conocemos la respuesta a este motivo tan conmovedor, ya que la Palabra nos ilumina al respecto. Su pueblo terrenal, que al oír esta pregunta se atrevió a abrumarlo con nuevos sarcasmos, escuchará la respuesta de labios del remanente piadoso: «Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Is. 53:4 y ss.).

Muchos son los que, a lo largo de los siglos, han encontrado la salvación de su alma mediante la fe en estas declaraciones de la Palabra. En efecto, fue en la cruz donde se cumplieron las justas exigencias de Dios. «Porque lo imposible de la Ley, ya que era débil por la carne», Dios lo cumplió «condenó al pecado en la carne» en la persona de su propio Hijo (Rom. 8:3). ¡Alabado sea Dios! «Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho maldición por nosotros» (Gál. 3:13). Esto es lo que se cumplió durante las últimas horas de la cruz, cuando el «Dios Salvador» entró en juicio contra su único Hijo, nuestro Sustituto.

Si el Señor había sufrido antes por parte de los hombres, ahora sufría por parte de un Dios justo y santo. Si hasta entonces había sufrido por la justicia, ahora era por nuestros pecados y nuestra culpa. Durante las 3 horas de tinieblas de la cruz, fue de hecho el sacrificio perfecto por el pecado y la culpa, «una cosa muy santa» para Dios, un sacrificio por el pecado cuya sangre fue llevada hasta el Lugar Santísimo y está colocada de ahora en adelante ante Dios para siempre (Lev. 6:18; 7:1; 16:15; Hebr. 13:11-12). Fue entonces cuando Dios lo cargó con nuestros pecados, él que «no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca» (1 Pe. 2:22, 24; Hebr. 9:28). Fue entonces cuando: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para

que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor. 5:21). En su insondable amor, él, el santo y justo, aceptó ser hecho pecado por nosotros y cargar con nuestras iniquidades. Amor «fuerte es como la muerte... Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos» (Cant. 8:6-7). Por eso proclamamos con razón: «Al que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre; y ha hecho de nosotros un reino, sacerdotes para su Dios y Padre, a él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén» (Apoc. 1:5-6).

Descendió al abismo donde el pecado había sumido al hombre, se sometió al juicio que debía ser nuestra parte eterna. Sufrió, por nosotros, la muerte, «la paga del pecado» (Rom. 6:23). Es en la cruz donde discernimos lo que es el pecado a los ojos de Dios. Pero el Señor, que era perfectamente puro, lo experimentó de una manera aún mucho mayor: «Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí» (Sal. 42:7; Jonás 2:4). Así como se había sentido aterrorizado cuando el Padre le presentó la copa de sufrimiento y maldición, su alma está «hastiada de males» (Sal. 88:3) en el momento en que tuvo que beberla.

Al considerar esta gloriosa obra de Redención por la cual Dios ha sido plenamente glorificado, podemos repetir: «¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!» (Juan 1:29).

20 - «Cumplido (*) está»

(Mat. 27:47-50; Marcos 15:35, 36; Lucas 23:45, 46; Juan 19:28-30).

La obra de la cruz ofrece otro aspecto que, desde siempre, ha llenado de admiración a quienes la han meditado. Esto es lo que expresa el cántico que nos gusta cantar:

*“Viniste del cielo para ofrecerte en sacrificio,
Y solo por ti Dios fue glorificado:
Su santidad, su amor, su justicia,
Tu cruz, Jesús, todo lo ha magnificado”*

(Himnos y Cánticos en francés, 14, 2).

(*) «Cumplido está» (o «Consumado es») es una traducción de la palabra griega “Tetelestai” (expresión corriente usada entonces en Israel para indicar que a lo que se refería estaba terminado, cumplido, completado, concluido, etc.), fue pronunciada por el Señor en la cruz para indicar que la obra que el Padre le había dado para hacer estaba terminada.

«Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Sal. 40:6-8). Estas son las palabras que el Señor pronuncia por boca del salmista. Con esta disposición de corazón, el segundo Hombre, venido del cielo, apareció en la escena donde el primer hombre, “sacado de la tierra – polvo”, se había revelado incapaz de cumplir ni siquiera un solo mandamiento de Dios. Animado únicamente por el deseo de agradar a Dios, Cristo «aunque era Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que sufrió» (Hebr. 5:8). Lo vemos: «Como el tiempo de su ascensión al cielo se acercaba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén», donde «sí mismo, mediante el Espíritu eterno, se ofreció sin mancha a Dios» (Lucas 9:51; Hebr. 9:14).

Así como fue, durante su caminar por aquí, la verdadera ofrenda de pan, y luego, durante las horas oscuras de la cruz, el sacrificio perfecto por el pecado y la culpa también fue el holocausto perfecto, quien «sí mismo se entregó por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante» (Efe. 5:2).

Dirijamos nuestra mirada hacia Gólgota. Allí es donde el Señor de gloria se entregó por completo; allí es donde hizo todo lo necesario para la gloria de Dios y para nuestra salvación eterna; allí es donde puso su «rostro como un pedernal» convencido de que no sería «avergonzado» (Is. 50:7). ¡Qué «ofrenda encendida de olor grato a Jehová»; qué holocausto único y perfecto! (Lev. 1).

Es ante todo el Evangelio según Juan el que presenta el sacrificio de Cristo como el holocausto. Entendemos sin dificultad que entonces la mirada del Padre descansaba sin cesar con deleite en su Hijo amado. Por eso este Evangelio no habla ni de las horas de oscuridad ni del abandono del Señor Jesús. Por el contrario, lo oímos declarar: «No estoy solo, porque el Padre está conmigo... El que me envió está conmigo; el Padre no me ha dejado solo, porque hago siempre las cosas que le agradan» (Juan 16:32; 8:29).

«Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas habían sido cumplidas (para

que se cumpliera la Escritura) dijo: Tengo sed» (Juan 19:28). “Los que estaban allí”, ignorando todo sentimiento de compasión, le ofrecieron, para calmar su ardiente sed, la bebida que solían dar de beber a los malhechores crucificados. No hay duda de que el grito del Señor «Tengo sed» debe interpretarse primero en su sentido literal. Pero –y esto es digno de mención– solo lo pronunció cuando supo «que todas las cosas habían sido cumplidas».

Sin embargo, si experimentaba los tormentos de la sed, ¡cuánto más ardiente era el deseo de su alma! Con qué santa prisa contemplaba, en efecto, «el gozo puesto delante de él» (Hebr. 12:2). Habiendo «puesto su vida en expiación por el pecado», deseaba ardientemente ver «el fruto de la aflicción de su alma» y saciarse de él (Is. 53:10-11). Así, en el momento supremo, su amor dirigió sus pensamientos hacia aquellos por quienes dio su vida.

Pero una vez más debemos apartar la mirada de lo que el Señor soportó por nosotros y considerar su devoción a Dios. De hecho, habiendo bebido por completo la copa amarga, ¡qué «sed» abrazaba su corazón de «pasar de este mundo al Padre» (Juan 13:1)! «Yo te glorifiqué en la tierra...: y ahora glorifícame tú, Padre, al lado tuyo, con la gloria que tenía junto a ti antes que el mundo fuese» (Juan 17:4-5). Ese era el ferviente deseo que el Señor, anticipándose a la hora de la cruz, había dirigido a su Padre. Y, dirigiéndose a los suyos, deseaba que compartieran sus propios sentimientos: «Si me amarais, os alegraríais de que yo me voy al Padre» (Juan 14:28). ¿Quién de nosotros no podría compadecerse un poco de esta «sed» de nuestro Señor? «Dios, Dios mío eres tú... mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas, para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario» (Sal. 63:1-2). «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?» (Sal. 42:1-2). Ciertamente, la esponja empapada en vinagre y puesta en la punta de una caña, sobre el hisopo (Mat. 27:48; Juan 19:29), no podía calmar esa sed, sino que, por el contrario, la hacía aún más ardiente.

Pero no pensemos que hemos alcanzado así las últimas profundidades de esta quinta palabra del Crucificado, la más breve de todas. Es, de nuevo, el Evangelio según Juan el que lo relata, aquel en el que vemos al Señor dominar soberanamente el sufrimiento y la muerte, y manifestar una gloria «como del [Hijo] único del Padre» (Juan 1:14), una gloria que brilla con todo su esplendor a pesar de las oscuras nubes del odio y la maldad del hombre caído. Era la gloria de Aquel que había dicho: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis... Mi comida es hacer la

voluntad de aquel me envió, y acabar su obra» (Juan 4:32 y 34). Por eso el Señor, sabiendo que ya todo estaba cumplido, pronunció esta palabra «para que se cumpliese la Escritura». En el momento en que termina la obra que el Padre le encomendó, echa por así decirlo una mirada atrás y constata que la profecía aún debía cumplirse en un punto. De hecho, ni una jota ni una tilde de la Escritura podía caer en tierra (Mat. 5:18). «Pusieron... hiel por comida» – esto había ocurrido justo antes de la crucifixión; pero faltaba esto: «... y en mi sed me dieron a beber vinagre» (Sal. 69:21; Mat. 27:34).

«Cuando Jesús probó el vinagre, dijo: ¡Cumplido está! (o «Consumado está») e inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Juan 19:30). Ahora todo había terminado. Se había completado “la obra que el Padre le había dado que hiciese” (Juan 17:4). ¿Qué podía retener aún al celestial Forastero en esta tierra? Sin embargo, antes de “entregar el espíritu”, proclama ante el mundo que su obra está terminada. ¡Proclamación sublime por los grandiosos resultados que implica! «¡Cumplido está!» El propósito de Dios, sus eternos consejos de gracia y de justicia, se habían cumplido plenamente. La obra por la cual Dios debía ser glorificado y el pecador redimido, había sido llevada a su bendito término.

Por primera vez desde la creación, Dios podía declarar que todo «era bueno en gran manera», que la obra era perfecta. Apenas había colocado al hombre en el jardín del Edén, cuando este había actuado y lo había echado todo a perder con su desobediencia. Entonces Dios dio la Ley. ¿No era, pues, «santa, justa y buena» (Rom. 7:12)? ¡Por supuesto! Pero, bajo la Ley como antes, el hombre, puesto a prueba, mostró su total incapacidad para cumplir la voluntad de Dios. Por lo tanto, la Ley «no perfeccionó nada» y los «dones y sacrificios» que prescribía no podían hacer perfectos en cuanto a la conciencia a quienes los ofrecían (Rom. 5:20; Gál. 3:24; Hebr. 7:19; 9:9). Incluso hoy en día, al hombre natural le gusta practicar una religión basada en los mismos principios; todos sus esfuerzos tienden a establecer su justicia por medio de sus obras y a salvarse a sí mismo. Pero estas obras carnales son perfectamente vanas y tanto más inaceptables cuanto que el hombre pecador se imagina que puede, por ellas, acercarse a un Dios justo y santo.

Por lo tanto, las ordenanzas levíticas no traían ni perdón ni paz a quien se acercaba a Dios. «Todo sacerdote se mantenía de pie todos los días, haciendo el servicio y ofreciendo a menudo los mismos sacrificios que nunca podían quitar los pecados». Qué contraste con lo que sigue: «Pero este (Cristo), habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado para siempre a la diestra de Dios... Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados» (Hebr. 10:11-14).

Cuando nos miramos a nosotros mismos, a menudo suspiramos por una perfección real. En vano la buscaremos en nosotros o a nuestro alrededor. Solo se encuentra en la cruz de Gólgota. Allí, Cristo realizó una obra perfecta y que hace perfecto; una obra «hecha de una vez por todas» ([Hebr. 10:10](#)), de modo que no necesita repetirse; una obra a la que no se puede ni se debe añadir nada; una obra que el Señor mismo declara «cumplida».

«¡Consumado es!» Como un grito de triunfo, estas palabras resonaron en la quietud del Calvario, donde acababa de librarse la batalla más terrible que jamás se haya registrado en los anales del cielo y de la tierra. Dios, que hasta entonces había guardado silencio, también dio testimonio de la perfección de esta obra al rasgar el velo del templo, abriendo así el acceso a su santa presencia, liberando de la tumba a muchos de los santos dormidos y haciendo brotar sangre y agua del costado perforado de Jesús ([Mat. 27:51-53](#); [Juan 19:31](#) y ss.). «Consumado es». La obra de gracia está hecha. Por fin se eleva el grito del triunfo. El que muere ha bajado la cabeza ([27:51-53](#); [Juan 19:31](#) y ss.).

*«Cumplido está». La obra de la gracia está hecha.
Del triunfo finalmente se eleva el grito.
El que muere, habiendo bajado la cabeza
Ha triunfado. «Cumplido está».*

*De arriba abajo Dios mismo rasga
El velo sagrado. El camino establecido,
nuevo y vivo, hasta la morada suprema
se ha abierto. «Cumplido está».*

(Himnos y Cánticos en francés, 211, 1 y 4).

«Jesús clamó a gran voz: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!, y habiendo dicho esto, expiró» ([Lucas 23:46](#)). El Señor no murió por la crucifixión. No, expiró «a gran voz»: antes que él, como después de él, ningún crucificado murió de esa manera. Pilato «se asombró de que ya hubiese muerto» ([Marcos 15:44](#)). Recibimos, de boca del centurión, un testimonio irrefutable de este extraño deceso. «Estaba frente a él» y había observado en su rostro todas las marcas del sufrimiento, todo el dolor de esa agonía. Conmovido por tal muerte, este legionario pagano exclama: «¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!» ([Marcos 15:39](#)). No fue el último a quien esta muerte llenaría de admiración.

¡Cuán sorprendente es esta última revelación del gran «misterio de la piedad»: «El

que fue manifestado en carne» hasta el final de su vida! (1 Tim. 3:16). ¡Dios y hombre a la vez! En verdad, esta escena nos revela, y la profunda humillación y la suprema grandeza de Aquel que estaba allí, “colgado en el madero”. Si “dejó su vida por sus ovejas”, “nadie se la quitó”. «e mí mismo la dejo”, había dicho. «Tengo poder para darla y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre» (Juan 10:15, 18). Con la cabeza bien alta, había completado la obra hasta su finalización. Solo entonces «inclinando la cabeza, entregó* el espíritu» (Juan 19:30). Al hacerlo, fue «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:8).

(*) Es decir, por un acto de su voluntad. El verbo griego, traducido aquí como «entregar», no es el que se encuentra en Lucas 23:46, sino en Efesios 5:2 (donde se traduce como «entregar»). No se emplea en ningún otro lugar en relación con la muerte de un hombre, por lo que el uso que hace Juan 19:30 en este sentido es absolutamente único en las Escrituras.

Así fue como el Señor fue librado de la angustia «del juicio» (Is. 53:8). Dejó esta tierra, «primicias de los que durmieron» (1 Cor. 15:20), para entrar en otra vida, en la que ya no se plantea la gran cuestión del pecado. «Porque en cuanto murió, murió al pecado una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios» (Rom. 6:10). El sacrificio que debía cumplir «en Jerusalén» (Lucas 9:31) había terminado. Había terminado para siempre con esa vida de sufrimiento en la que, para llevarnos a Dios, había sido «el Varón de dolores».

*El hombre perdido, desde el fondo de su miseria,
Ve el pecado abolido por Jesús.
Para pagar el terrible salario,
Él sufrió. Cumplido está.*

*De los nuevos cielos a la nueva tierra
Todo cantará pronto, lleno de amor.
¡Alabado sea Dios, gloria al Hijo, gloria al Padre!
Para siempre todo está cumplido.*

(Himnos y Cánticos en francés, 211, 3 y 5).